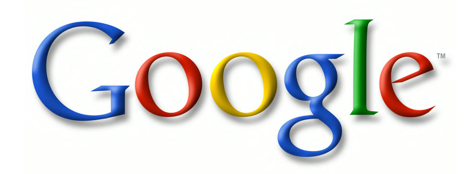

Google


ET
VE RI
TAS
CHRISTO
ECCLESIAE

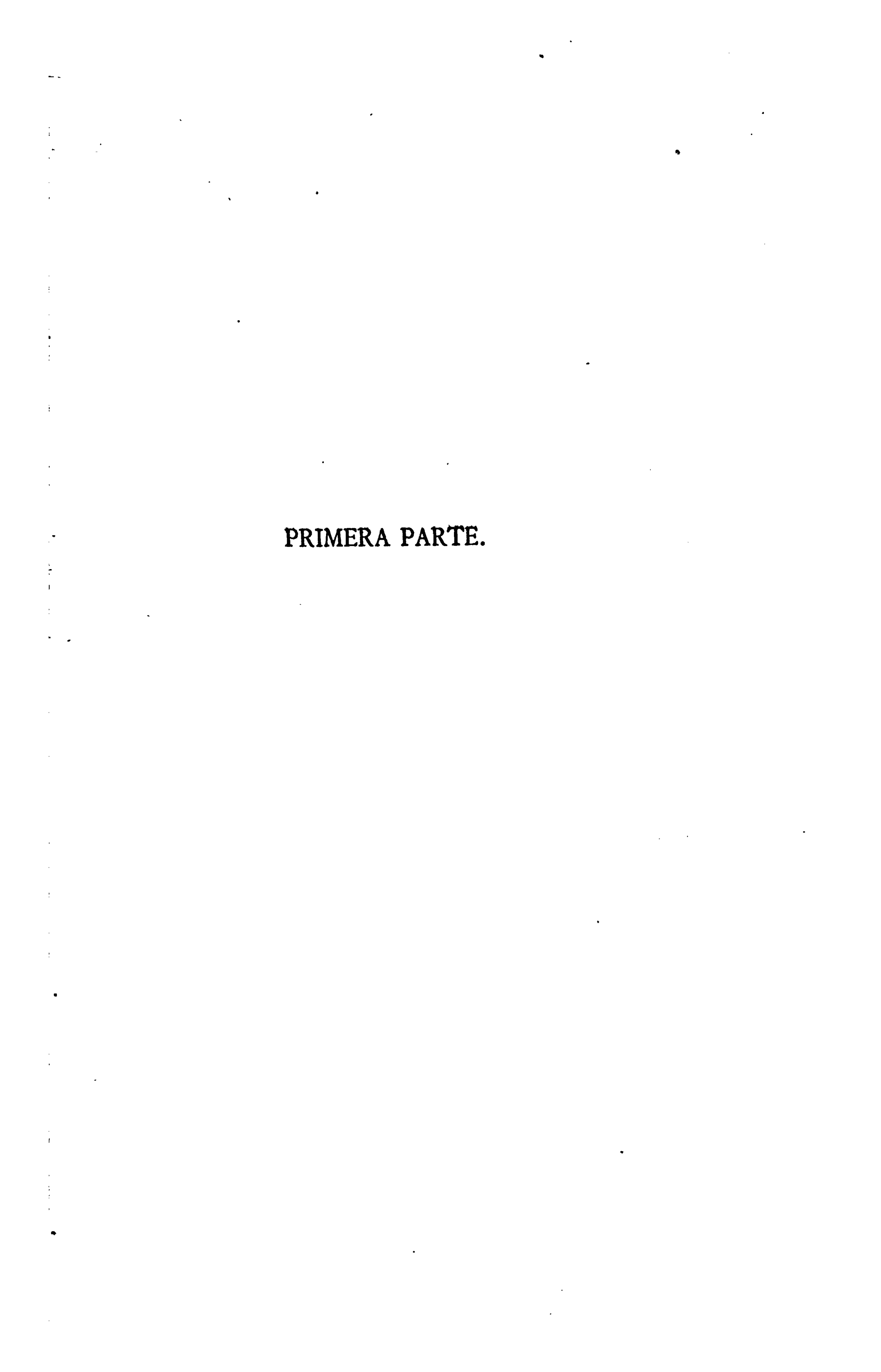
M. CANO Y CUETO.

LA MANO BLANCA.

LEYENDA ORIGINAL.

SEVILLA.
Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3.
1879.

La Mano Blanca.



PRIMERA PARTE.

La Mano Blanca.

I.

De un sombrío callejon
En una casa ruinosa,
Ancianidad achacosa
Pasa el noble Juan Giron.
La casa un jardin tenía,
Que á una alegre calle daba,
Y, si la casa lloraba,
El bello jardin reia.
Muy pobre su dueño era;
Mas se ve el pensil ameno
De sol y de flores lleno
En la verde primavera.
Y no faltó un ruiseñor
Que entre el ramaje morara,
Y el hospedaje pagara
Con serenatas de amor.

Raudales de sangre pura
Vertió Giron de soldado,
Y pobre, triste, olvidado,
Ve cavar su sepultura.
Mas no le espanta ni arredra
Su miseria y su abandono;
Sobre su puerta, en su abono,
Tiene un escudo de piedra
Cuya luz al sol se atreve,
Y el orgulloso blason
Pregona que al de Giron
Mucho Castilla le debe.
Deudas que basta lograrlas
Para en aprecio tenerlas,
Porque vale poseerlas
Áun mucho más que cobrarlas.
Por eso tan orgulloso
Se muestra de su apellido,
Que piensa no hubo nacido
Hombre cual él venturoso,
Aunque con amargo afan
Sacó, en más de una ocasion,
De su alhacena un blason
Cuando en ella buscó un pan.

Su vejez iluminando,
Sus tristezas combatiendo,
Como un ángel sonriendo,
Como un pájaro cantando,
Y siendo luz y alegría
De aquel hogar dolorido,
Vive Clara, ave que nido
Labró en una tumba fria.
Clara, la niña hechicera
Imágen de los amores,
Mensajera de las flores
De la alegre primavera:
La flor reina del jardin,
Á la que la rosa ufana
Da su perfume y su grana,
Y candidez el jazmin:
Á la que un himno de amor
Todas las noches entona,
Cual galan, que amor pregona,
El músico ruiseñor.
Y luz es del pobre viejo,
Que en su inocente mirada
Ve de su vida pasada
El encantador reflejo.
Tiene el ilustre Giron
En su casa un aposento

En que da recibimiento
Á muy noble rëunion.
Nobles, antiguos soldados,
Viejos, inválidos Cides,
Compañeros en cien lides
Y todos cual él honrados.
Todas las tardes se vian
Y sus hechos relataban,
Y luengas horas pasaban
Que cortas se les hacian.
Combates, muertas grandezas
Estaban siempre contando,
Y sin cesar recordando
Desafíos y proezas.
Cojo el uno, el otro tuerto,
Manco aquél, á cada herida
Una historia muy cumplida
Bien se le debe por cierto;
Y así la fecha, el lugar,
Y el motivo y la ocasion....
Hacen que una relacion
Sea cuento de no acabar.
Uno jura que fué él
Quien primero entró en Granada
Y plantó la Cruz sagrada
Sobre el estandarte infiel.

Otro reza por Padilla,
Y diz que cuando murió,
En su cadalso espiró
La libertad de Castilla.
Hablan del Gran Capitan,
Y aquellos viejos guerreros
Vitorean á Cisneros
Porque se acuerdan de Orán.
Y en aquel triste rincon
Bendicen aquellos hombres,
Llenos de glorias, los nombres
De Isabel y de Colon.
May ¡ay! Clara palidece,
Viendo en los nobles ancianos
Los resplandores lejanos
Con que el sol desaparece.
Con el pecho estremecido
Escucha á su padre atenta
Cómo sus hazañas cuenta
Con acento enardecido,
Y á veces tiembla agitada,
Y á veces por sus mejillas
Corren lágrimas sencillas;
Más medrosa que admirada.
Á ser el soldado mudo
Más en pro suyo hablaria

La noble espada que un dia
Fué del moro azote rudo,
  Y que está con la armadura
Bajo un Cristo de madera,
Cual si el buen don Juan quisiera
Con Dios unir su amargura.

  Todas las tardes, al dar
El toque de la oracion,
Se ve de aquella reunion
Uno tras otro marchar:
  Mas no emprenden la partida
Sin dejar de una jornada
La relacion acabada
Y por todos discutida.
  Ni sin rezar, como fiel
Memoria de antiguo voto,
Un *de profundis* devoto
Por la gran Reina Isabel.

  Y quedan solos despues
Clara y don Juan. Él pensando
En sus glorias, y rezando
Ella, sentada á sus piés.
  Si ella le oye suspirar
Y diz «mal fuiste pagado,»

Siempre replica el soldado:
«¿Y qué me pudieran dar?....
»Si vencí á los enemigos
De mi España en cien partidas,
Coronaron mis heridas
Mis hechos, de ellas testigos.
»Y si ahora rico estuviera
Tal vez mis doblas contando,
Cualquier impostor nefando
Mercenario me creyera.
»Por su Dios y por su rey,
Por su patria y por su dama
Combate aquel que se llama
Noble y es noble de ley.
»Que el que su interés en cuenta
Tiene sólo al pelear
Es un vil que al conquistar
Sólo conquista su afrenta.»
Y vuelve de nuevo Clara
Á oir las mismas historias
De proezas y de glorias
De que el viejo se ufanara.
¡Ay! Tal vez muy pronto llegue,
Clara hermosa, el triste dia
Que á engañadora armonía
Tu vírgen alma se entregue.

Tal vez de entónces sin calma
No escucharán tus oidos
Más que los dulces sonidos
Del amor, canto del alma.

II

¿Por qué Clara ve el sol con más fulgores
Y al aura da más ecos armoniosos,
Y más fragancia á las pintadas flores,
Y al bosque más encantos misteriosos?
¿Por qué en su alrededor ve resplandores,
Y cánticos escucha melodiosos?
¿Es el amor espejo peregrino
Que retrata en la tierra algo divino?

Sí, virginal amor de la inocencia,
Tú encantos das á la feliz natura,
Tienes la paz y el sol en la conciencia
Y lo ves todo con tu lumbre pura.
Despierta en blancos tules tu existencia
Rodeada de mística ventura,
Y el incienso divino que tú exhalas
Da á cuanto miras esplendentes galas.

No es que el sol luzca nuevos resplandores,
Es que llevas el sol puesto en tus ojos;
No es que vista la flor nuevos colores,
Es que el vírgen pudor te da sonrojos;
No es que canten por tí los ruiseñores,
Es que tu acento entre tus labios rojos
Al murmurar un nombre idolatrado
Resuena como cántico extremado.

La hermosa Clara, para amar nacida,
Escuchó un dia la plegaria ardiente
De un hombre que, con voz enardecida,
Un mundo le pintó nuevo y rïente.
La niña, palpitante, embebecida,
Oyó de amor la voz siempre elocuente,
Y en su dulce ilusion se figuraba
Que todo cuanto oia lo soñaba.

Desde aquel dia á sus cabellos de oro
Tejió flores fragantes y sencillas,
Y en un espejo sorprendió el tesoro
De jazmines que esmaltan sus megillas.
Se siente ella flotar en un sonoro
Mar de encantos sin fondo y sin orillas,
Lleno de luz, de sol, y á su reflejo,
Amando al mozo, se olvidó del viejo.

¿Lo olvidó? Nó, al contrario, más risueña,
Pero sin goce interno, ella escuchaba
Las gloriosas historias con que sueña
El viejo, que sus dias alegraba.
En vano el bueno de Giron se empeña
En llamar su atencion á lo que hablaba;
El viejo cuenta muertes y amarguras
Y ella piensa en amor y en sus dulzuras.

En el jardin está el que la enamora,
Don Diego Lara, noble caballero,
El más bello galan que á dama adora
Y el más gentil y audaz aventurero.
Con tierna voz, con frase seductora,
Fingiéndola un amor puro y sincero,
Tumba á su honor y su pureza labra
En cada beso y férvida palabra.

Ella inocente, cándida paloma,
Que sale por primera vez del nido
Á respirar el seductor aroma
De un cielo en que el infierno está escondido:
Él fiero gavilan, que vuelo toma
Entre el raudo huracan embravecido.
¡Ay, mísero Giron, alza y despierta;
Llamando la deshonra está á tu puerta!

III.

Era don Diego de Lara
Por sus vicios conocido;
Hombre más malo y temido
Con dificultad se hallara.
Como sierpe que, traidora,
Pone el veneno en las flores,
Lara siembra los dolores
En la mujer que enamora.
Y no hay una á quien amor
Haya jurado el maldito,
Que en su frente no haya escrito
Página de deshonor.
Jamás su ruin pensamiento
Amarga pena concibe;
Triunfa, olvida, alegre vive,
Vive sin remordimiento.
Vive como el cazador,
Á quien no importa el quejido
Del triste pájaro herido
Dentro el nido de su amor.

Vive así y es de tal suerte
Su alma fiera, empedernida,
Que halla encanto y goce y vida
Entre llanto y sangre y muerte.
En su palacio rumores
Resuenan de eterna orgía,
En él no hay noche ni dia
Sin turbulentos clamores.
Y de allí pendencias salen,
Y salen de allí amoríos,
Y sangrientos desafíos,
Y heridas que los señalen.
Y así siempre la justicia
Con el mozo en pleito vive,
Cosa con la cual recibe
Su contento y su delicia;
Pues ni le importan sermones
Ni le obligan las sentencias,
Que burla sus providencias
Con acero ó con doblones.
Se sabe de dos golillas
Que en casa del mozo entraron,
Y tal audacia pagaron
Caramente sus costillas.
Llevaron paliza tal
Que cerca de ver á Dios

Se hallaron un mes los dos
Sufriendo en el Hospital.
Mas Lara, por darles vida,
Les hizo dar unas friegas
Con dos repletas talegas
Y.... curaron en seguida.
Accion por la cual que haga
Se deja al mozo sus gustos,
Pues no es cosa dar disgustos
Al que así sus gustos paga.
¡Ay! ántes Giron muriera
Que consentir que su nombre
Ilustre, á ocasion de hombre
Tan mal pensado estuviera.

Clara infeliz, mal cimiento
Á tus ilusiones diste;
Si entre dichas te adormiste
No despiertes, pensamiento.
No quieras con necio afan
Despertar, porque dormir
Vale áun más ¡ay! que sentir
Dentro del pecho un volcan.

IV.

Era una noche del Abril florido.
Don Diego contemplaba palpitante
El lánguido desmayo,
El extático afan embebecido
Con que la vírgen alma de su amante
Sus palabras oia,
Y adoraba su cándido semblante,
Que de la luna al luminoso rayo
Cual de un ángel de luz aparecia.
Himno de amor entre los dos se alzaba
Y á su compás cantaba
El triste ruiseñor, como queriendo
Apagar con su dulce melodía
La pura, la suavísima armonía
Del cántico de amores que está oyendo.
¡Oh jardin misterioso!
¡Oh nido deleitoso!
Para un alma de amores abrasada.
Nunca te ví tan lleno de hermosura,
Ni tanta luz hallé, ni tanto aroma,

Cual la noche en que Clara, enamorada,
Cuenta á Diego su amor y su ventura
Con arrullos de cándida paloma.
  Todas las flores del jardin dormian.
Sus cálices perfumes encerraban,
Mas las auras aromas recogian
De los labios de Clara, que se abrian,
Y besos y suspiros exhalaban.
En el banco de césped, bajo el sauce,
Por la luz de la luna iluminados,
Se contemplan los dos enamorados.
¡Cómo Lara promete mil venturas!
¡Cómo Clara con voz estremecida,
Soñando del amor en las dulzuras,
Dar quisiera á su Diego hasta la vida!
  ¡Oh inmensa gratitud del que bien ama!
¿Cómo puede, mujer, negar tu labio
Dulce beso de amor, si lo reclama
El que en tu corazon todo el perfume,
Todas las flores del amor derrama?
¿Cómo negar que ciña tu cintura
Con amoroso abrazo, el que primero
De tu fulgente y cándida hermosura
Se formó voluntario prisionero?
¿Cómo negar que libe de la rosa
La dulce miel la amante mariposa?

¡Ah Giron! ¡ah Giron! ¡pobre soldado!
El cuerpo recostado
En la blanca almohada,
En la mano apoyada
La noble frente, en la que lleva escrita,
En ancha cicatriz, heróica historia,
Caviloso medita
En el sol apagado de su gloria.
Mas no sólo ¡infeliz! piensa en aquellos
Tiempos ¡ay! que pasaron,
Tiempos que coronaron
De nieve y de laureles sus cabellos;
Piensa en la amada prenda de su alma,
En su Clara hechicera, hermosa niña,
Que, cual ave en la jaula prisionera,
Al sol no saludó ni á la campiña.
Piensa en su Clara, y piensa con espanto,
Viéndose yá junto al sepulcro frio,
Si el vírgen corazon que adora tanto
Despierta un dia para el mundo impío,
Que es despertar para el pesar y el llanto.
¿Recuerda las historias olvidadas
De su edad juvenil?—¿Quién el quebranto
No sembró en sus placeres?
¿Quién en horas por Cristo señaladas
No ve sombras de pálidas mujeres,

Que, llenas de vergüenza, ensangrentadas,
Gritan terribles, con los ojos fijos
En nuestros ojos. ¡Ay! ciegos de espanto
Caerán sobre las frentes de tus hijos
Nuestra vergüenza y nuestra sangre y llanto.
¡Si su hechicera Clara
Por insensato amor fuera rendida
Y su nombre olvidara,
Y por un torpe afan desvanecida
De Giron el escudo mancillara;
Si Clara, en fin, en espantoso dia
Para implorar perdon por su pecado
Con llanto de amargura y de agonía
Fuera á regar la tumba del soldado
Más por vergüenza que por mármol fria!...
¡Oh! nó, su pensamiento lo rechaza;
Siente que dentro el pecho
Su pobre corazon se despedaza....
Y *piensa* con dolor haber *pensado*
Que la hija de Giron faltar pudiera
Á la virtud y á su linaje honrado,
Cual si llevara sangre de ramera;
Y—¡Clara!—grita—¡Clara! ¡niña mia!
Entre tus brazos á tu padre estrecha,
Disipa la agonía
Que me causó la envenenada flecha

De duda tan *infame* como impía.—
  Mas Clara no responde.
—¡Oh! ¡cielos! ¿dó se esconde?
¡Clara!—vuelve á gritar con voz sombría;
Y salta presuroso de su lecho,
Y de mármol estatua queda hecho
De Clara al ver la cámara vacía.
  Corre á su habitacion, toma su espada,
Y, mirando al sangriento crucifijo,
Le pregunta con voz acongojada
Si un padre puede castigar á un hijo,
Al ver por él su fama mancillada,
Dándole muerte, como justa pena
Á culpa vil que á deshonor condena.
  Reprimiendo el aliento,
Su planta por el suelo deslizando,
En la diestra el acero que, llenando
Va de sangre y de luto el pensamiento,
Llegó al jardin umbroso, do, embebida,
Clara jura fe eterna á su adorado;
Y fué su aparicion tan no sentida,
Que si rumor su paso levantara
El estallar de un beso enamorado
Con sus ecos divinos lo apagara.

V.

Sintió el anciano tal frio
En su corazon, que cree
Es de un sueño desvarío,
Y vano fantasma impío
El hombre que ante sí ve.

Mas en sí le hizo tornar,
Ver que Clara, estremecida,
Á sus piés se echó á llorar,
Rogándole por la vida
Del hombre que llegó á amar.
Quedó ante su ultraje atento
Y de vergüenza temblando,
Viendo cómo en un momento
Su honra, de tan buen cimiento,
Se estaba desmoronando.
Mudo quedó; que á Giron
Miedo le causaba hablar,
No fuera que al preguntar
Por su honor, aquel ladron
No supiera contestar.

La niña desventurada,
Del viejo á los piès rendida
Como estatua inanimada,
Exclamó con voz ahogada:
—¡No le mateis, que es mi vida!—
Pero su amante traidor,
Con aire resuelto y vano,
Le dijo:—No haya temor,
Que acero tengo y valor
Y está mi vida en mi mano.—
Y añadió:—Debo explicarme,
Anciano; parèceos cuento
Que aquí llegueis á encontrarme;
Mas fué.... porque enamorarme
Me plugo de este portento.
—Casado saldréis de aquí
Ó muerto,—dijo Giron.
—Mal empezais ¡voto á mí!
—¡Muerto ó casado!
—No así
Rendiréis mi corazon.
Aunque le pese al demonio
Os daré fiel testimonio
Que mi valor os denote;
Nunca pensé en sacerdote
Para aqueste matrimonio

—¡Padre!—sollozó la niña.
—¡Villano!—gritóle el viejo.
—¿Queréis que yo en sangre tiña
Mi espada?—No quiero riña,
Sino daros un consejo.
Para mi dicha turbar
Teneis que hacerme morir,
Ó la teneis que matar.
¡Sois viejo para luchar,
Con que.... empezad á gemir!—
El viejo á Lara avanzó
Terrible, iracundo, fiero;
Mas Clara se levantó,
Á su padre se abrazó
Y á tierra cayó su acero.
Y en tanto el noble galan,
La tapia escalando, grita:
—Quedad con Dios, buen don Juan,
Vuestro tesoro es mi afan;
Verémos quién me lo quita.—
¡Ah! ni una palabra habló
El anciano; no sé en qué
Con angustia atroz pensó;
Pero su sangre se heló,
Tal su pensamiento fué.
Y cual acosada fiera,

Marchó á su cuarto ligero,
Y entónces por vez primera
Ante el Cristo de madera
No colgó su noble acero.
Al contrario, el buen Giron
Aquella valiente espada
Metió en oculto rincon,
Hasta buscar ocasion
De verla en sangre bañada.
Y Clara, que en su agonía
Perdon suplica de hinojos,
Oyó al viejo que decía:
—Si hace su vergüenza mia
Yo haré suyos mis enojos.—

VI.

Horrible tumba parece
De Giron la triste casa;
Cerrada tiene la puerta
Y las ventanas cerradas.
Tal es la pena que esconde,
Que al noble don Juan espanta

El pensar si las paredes
Pudieran hablar mañana.
Mucho contaran de penas,
Mucho contaran de lágrimas,
Si por no visto suceso
Aquellos muros hablaran.
Que desde la triste noche
Que la mansion enlutada
Quedó, la niña y el viejo
Viven con muerte en sus almas.
Ella llora sus amores,
Él llora su honra ultrajada;
Por su don Diego la niña,
El anciano por su Clara.
¡Tristes amores malditos,
Que en dolorosas mudanzas
Truecan en ciertos dolores
Ilusorias esperanzas!

Llamaron, y en vano siempre,
Á las puertas de la casa
Amigos que, muy de antaño,
En ella se congregaban.
Preguntaron á vecinos
Y oyéronles frases vanas,
Pues Giron nunca con ellos

De sus asuntos trataba.
Mas las viejas de aquel barrio,
Cual viejas desocupadas,
Vivos y abiertos archivos
De calumnias y patrañas,
Dijéronles maldicientes
Necios chismes, torpes fábulas.
Pero una, más en lo justo
Quizás por más desvelada,
Contó el caso del noviazgo
Y el escalar de la tapia;
Que en las más opacas sombras
De la noche más callada,
Hay ojos de lince siempre
Que nuestros pasos reparan,
Contó su lengua de víbora
Lo que tanto Giron calla,
Y aquellos viejos soldados
Bien comprendieron la causa
De tener don Juan su puerta
Y sus ventanas cerradas;
Que casa en que una honra muere
Bueno es tenerla enlutada.
Mas tanto y tanto llamaron,
Que al fin Giron les dió entrada,
Y entraron como de duelo,

Mustios, sin hablar palabra.
  Llevóles don Juan con firme
Paso á la mezquina estancia
Que en dias más venturosos
Oyera ilustres hazañas,
Y, cuando todos asiento
Tomaron, estas palabras
Escucharon de los labios
Que al hablar se ensangrentaban.
—Que honrado y noble he nacido
No lo prueben mis palabras,
Sino el blason que en mi puerta
Con seis cuarteles se alza.
Que conquisté honor y gloria
Por mí mismo, lo señalan
Heridas, que se ganaron
Dando reinos á la Patria.
Pero que la suerte, al fin,
Como sujeta á mudanzas,
Haya manchado mi escudo
Y envilecido mis canas,
No lo pruebe, nó, mi llanto,
Aunque es prueba bien amarga,
Sino el no verse mi acero
Bajo de esa imágen santa.
Que yá á los piés de ese Cristo

No quiero poner mi espada,
Pues su sangre lava culpas
Mas no deshonrosas manchas.
Tengo, para mi desdicha,
Hija hermosa y no amparada,
Que la sombra que da un viejo
Es bien triste y bien escasa.
Don Diego Lara se nombra
El que, para enamorarla,
Más que de su gentileza
Se prevalió de asechanzas.
Buscó la noche y sus sombras,
Del jardin rindió las tapias,
Hizo ocasion de mi sueño
Y asaltó su vírgen alma.
Aún mi hija es pura, pues vive,
Mas profundo horror me causa
Pensar en mis muchos años
Y de su amante en la fama.
Cual soldado y como padre
Ofensas recibí claras
Del que, huyendo cual villano,
Cual noble me amenazaba.
Suya á Clara juró hacerla
Contra mi honor y mi fama;
Comprended mi desventura,

Si la huesa que me aguarda
Es sólo el muro de tierra
Que del baldon me separa.—
Suspensos quedaron todos,
Y el anciano de más canas
Dijo á Giron:—Un convento
Es la salvacion de Clara.—
Un grito, un grito de muerte
Se oyó en la contigua estancia;
Corrieron todos á ella
Y vieron en tierra á Clara,
Con la muerte en el semblante
Por llevarla yá en el alma.
Socorriéronla afanosos,
Y don Juan, con voz ahogada,
—¡Un convento!—repetia—
¡Sólo un convento la aguarda!

VII.

Pasó un mes. Un mes, que un siglo
Pareció á la triste víctima,
Que á la muerte condenaban
Cuando gozaba más vida.

Un mes sin sol, sin cantares,
Sin flores, calor, ni brisas;
Un mes de llanto y de luto,
De asombros y de fatigas.
Á veces Giron, cual padre,
Pensando en su hermosa niña,
Entre suspiros se ahogaba
Y en mar de llanto se hundía.
Pero al fin, si es un convento
Sepulcro ó cárcel sombría,
Tambien es puerto que al alma
De humanos naufragios libra.
Vendió para darla dote
Arreos y armas antiguas,
Reservándose una espada
Que con tristes ojos mira.
Convocó á sus compañeros
Y señalóles el dia
En que á su Clara hechicera
Dará eterna despedida.
Y cuando todos marcharon
Y—¡Hasta mañana!—decian,
El viejo, lleno de angustia,
Se echó en brazos de su hija;
Y pasaron muchas horas,
Muchas horas sin sentirlas,

Sólo oyéndose sollozos,
Sólo oyéndose desdichas.
Á su estancia fuese Clara
Y ante un Cristo, de rodillas,
Dió el postrer adios al mundo
Y á su amor, que era su vida.
Alzóse, raudal de lágrimas
Por su semblante corria;
¡Cuánta amargura aquel llanto,
Cuánto dolor significa!
¡Su Diego! ¡Nombre adorado!
¡Fuente de sus alegrías!
¡De sus ilusiones símbolo!
¡De su alma luz divina!
¡Su Diego! ¡Sima traidora
Do cayó desvanecida!
¡Noche de sus esperanzas!
¡Manantial de sus desdichas!
¡Su Diego! ¡Yá no ha de verlo!
¡Cómo al corazon fatiga,
Y le hiere y le desangra,
Esa eternal despedida!
Una vez más, ¡una sola!
Verle quisiera, y creeria
En medio de sus dolores
Realizar sueños de dichas.

¡Imposible! ¡Desgraciada!
Sólo su consuelo cifra
En despedirse de Diego.
Pero ¿cómo? Ella imagina
Que aún le ama y que él tambien
De consuelos necesita.
En aquel momento oye,
Bajo su ventana misma,
Preludiar una vihuela.
¿Será de Lara? Embebida
Se levanta, y de su amante
Escucha la voz dulcísima,
Que así cantaba, llenándola
De penas y de alegrías.

¡No duermes! Yo te escucho
Llorar atribulada.
Vengo á romper los hierros,
Mi bella enamorada,
De tu cárcel sombría,
De tu amarga prision.
¡Vén! Conmigo te esperan
Danzas, banquetes, flores,
Las músicas sonoras
De amantes trovadores,
¡Vén! Tú tendrás por trono

Mi ardiente corazon.
Mañana un cruel tirano
Sepultará tu alma
Dentro de un claustro oscuro;
Pero tu pena calma,
¡Por tí vela tu amante
Y él te sabrá librar!
Y en sus amantes brazos,
De gozo embebecida,
Entre dulces placeres
Resbalará tu vida,
De dichas siempre viendo
Eterno sol brillar.

Tras de la Cruz
El diablo está;
El diablo ¡oh niña!
Te salvará.

Calló la voz, y la bella,
Pensando en su padre anciano
Más que en su amante y que en ella,
Presiente cruda querella
Al rayar el sol cercano.
Palpitante, en su agonía,
Mil cosas se imaginaba

Y mil fantasmas veia,
Y á su padre, que moria,
Y que á ella en sangre empapaba.
   Y quiso á su amante ver
Para implorar compasion,
Y tanto llanto verter,
Que lograra conmover
Su acerado corazon.
   Mil terribles pensamientos
Dan á su mente tortura,
Y siente remordimientos....
Por los pasados momentos
De su ilusoria ventura;
   Y á la ventana salió
Porque ver á Lara ansiaba,
Y con angustia creyó
Escuchar pasos.... y oyó
Que todo en silencio estaba.
   Vió la luna; el campanario
Del convento mudo y frio
En que iba á hallar su Calvario,
Alzándose solitario
Como un fantasma sombrío.
   Y, perdida la razon
Con tan rudo batallar,
Ni á Cristo pudo rezar

Ni su pobre corazon
Con sus lágrimas regar.

VIII.

¡Hermoso, alegre dia
Del apacible Mayo,
De nácares vestido,
De aromas perfumado.
Risueño, hermoso dia,
De cielo de azul claro,
Que las canoras aves
Cruzan en giros raudos!
Tus aves y tus brisas,
Tu sol y tus encantos,
Verán la triste angustia,
El rostro marchitado,
Las lágrimas acerbas,
Los sollozos ahogados
De la infelice víctima
Que, por destino aciago,
Va á sepulcro sombrío
Por su pié caminando.

¡Plegue á Dios que no veas
Más que amargura y llanto;
No un crímen que, con sangre,
Te nuble, sol de Mayo!

Salió de su morada
La triste Clara en brazos
De su padre infelice,
Cual si fuera al cadalso.
Clara hermosa, vestida
Con velo y traje blancos,
Su padre con la veste
Que usara en otros años
Al lado de Cisneros
Y del sin par Gonzalo.
Á hija y padre seguian
Porcion de veteranos,
Con sus anchas tizonas,
Sus petos lëonados
Y sus gregüescos jaldes
De rojo acuchillados.
Tras éstos una turba
De viejas y muchachos;
Éstos gritando alegres;
Aquéllas remedando
Mascullar oraciones,

Que recogiera el diablo.
Cruzaron callejuelas,
Plazas atravesaron,
Abriéndose en dos filas
Los curiosos al paso,
Que al ver tan doloroso
É imponente espectáculo,
Suponen mil historias
Con necios comentarios,
Formándose corrillos
De habladores y vagos.
Se oyen voces de—¡Lástima
De niña!—¡Padre bárbaro!
—¡La llevan á la fuerza
Á morir en un claustro!
—¡Tan jóven!—¡Tan hermosa!
¡Ved su rostro!—¡Y su llanto!—
Mas esto, aunque se dice,
Se dice muy callando,
Pues tienen fieros rostros
Los rudos veteranos.
Llegaron á la iglesia,
Donde Clara ve alzado
El convento sombrío
Que semeja al Calvario;
¡Ay! al mirar sus puertas

Don Juan se siente ahogado
De pena, al ver que Clara
Se desmaya en sus brazos.
Mas los soldados miran
Con hondo sobresalto
Que á las puertas del templo
Hay un corcel gallardo
Que tiene de las bridas
Un negro ¡acaso el diablo!

. . . .

Las puertas de la iglesia
Se abrieron rechinando,
Y en el umbral del templo
Las monjas asomaron.
Todas de blanco visten,
Con cruz negra en los hábitos,
Los rostros encubiertos
Y cirios en las manos.
Ante ellas la abadesa,
De porte venerando,
Envuelta entre las nubes
Del incienso sagrado,
Y entonando en voz grave
Esos terribles salmos
Que el corazon escucha
Con angustioso pasmo.

Con nieve en las megillas
Y azucena en los labios,
Sin latidos el pecho
Y los ojos sin llanto,
Clara yá el templo pisa
Con vacilante paso.
El órgano prorumpe
En estruendoso cántico,
Nubes de incienso vuelan
Al cielo en giros raudos;
De sus altares de oro
La bendicen los santos,
Los ángeles sonrien
Al Dios crucificado,
Y un himno jubiloso
Atruena los espacios.
—¡Adios, hija del alma!—
Grita Giron llorando,
Y—¡Adios!—exclaman todos
Los viejos veteranos.
Cuando, como si fuera
Por Luzbel evocado,
Del templo en los umbrales
Y de su Clara al lado,
Aparece don Diego,
De sus ojos lanzando

Rayos de hirviente cólera,
Con el acero en mano,
Gritando:—¡Atrás, infames;
Atrás, abridme paso!—
Entónces en tumulto
Acorren los soldados,
Las viejas se desmayan,
Se ahuyentan los muchachos,
Y de los cien curiosos
Apénas quedan cuatro.
Todo son en las monjas
Angustias y desmayos,
Se atropellan huyendo
Y huyendo van gritando;
Caen los cirios al suelo,
Se desgarran los hábitos,
Y vuelan por el aire
Rotos los incensarios.
Fué cosa de un momento,
Más breve que el contarlo.
Don Juan saca su acero,
De cólera abrasado;
Desnudan sus tizonas
Los nobles veteranos,
Para, si el padre muere,
Vengarle denodados;

Mas, veloz, ante ellos
Surge turba de hidalgos,
Compañeros de Lara,
Tanto como él malvados;
Y con furioso ímpetu
Los desiguales bandos
Traban sangrienta lucha,
Que causa horror y espanto.
Don Juan lucha valiente,
Pero en su flaca mano
Tiembla el airado acero,
Mas no el valor, no el ánimo.
Su furia aumenta y crece
Al ver que su contrario
Tiene á su hermosa Clara
En el siniestro brazo;
Mas ¡guay! que aquel escudo
Juntamente al anciano
Produce rabia y miedo,
Firmeza y sobresalto.
Lara con sus ataques
Le va al templo empujando;
Yá los dos combatientes
Van á pisar el claustro,
Yá el templo aquel de Cristo
Se va á ver profanado

Con la sangre que vierta
Un Cain inhumano,
Cuando, de horror transida
Al contemplar tal cuadro,
Á la abadesa Cristo
Valor y fuerza dando,
Las puertas de la iglesia
Cierra con firme mano.
Y ¡horrible trance! Al mismo
Tiempo que se cerraron
Las puertas con estrépito,
El miserable anciano
Sintió un acero frio
Su pecho desgarrando.
Y tal fué la embestida,
Tal el empuje bárbaro
De Diego, que su espada,
No salió al aire vano,
Entróse en la madera
Como si fuera un clavo,
Y entre el puño y la puerta
Quedó Giron clavado.
¡Un grito! un grito unánime
De amigos y adversarios,
Contó á Sevilla entera
Todo el horror del caso.

Mas Lara no lo escucha.
Ginete en su caballo,
Llevando á Clara hermosa
Sin vida entre los brazos,
Desparece, cual nube
Que desprendiera el rayo.
Giron hablar no puede;
Pero levanta un brazo
Que al cielo se dirige
Venganza demandando...

. . . .

IX.

De Utrera á la misma entrada
Un viejo meson habia
Que hospedaba más que á arrieros
Gente *non sancta* y perdida.
Pagaba almojarifazgo
En tal lugar la maligna
Peste de vagos y tunos
Que pasaban á Sevilla,
Y en algunas ocasiones
Se vieron en compañía

Bebiendo los cuadrilleros
Con ladrones en cuadrilla.
De tal meson á las puertas,
La tarde del mismo dia
En que echó Lara malvado
Á sus hazañas la firma,
Cubierto de blanca espuma
De la cola hasta las bridas,
Paró un corcel jadeante,
En cuyo lomo se mira
Ginete de altivo porte
Que en sus brazos trae cautiva
Á una mujer desmayada
Y áun en tal estado linda.
Salió el rufian mesonero
Á recibir la visita,
Y al ver á la hermosa dama
Tan sin conciencia rendida
Al galan, en cuyas manos
Y traje sangre se mira,
Con gésto burlon y astuto
Y gran socarronería
Dijo del mozo al oido:
—Marche usarcé de corrida,
Y á otro meson pida albergue
Si albergarse le precisa,

Pues las manchas que en sí lleva
Me prueban que necesita
Cofaina con mucha agua,
Y el agua, en la casa mia,
Es muy cara, pues con ella
Al vino se cristianiza.
—Comprendo, rufian bellaco,
Toma y haz porque en seguida
Haya una fuente, un algibe
En la habitacion más digna
De mi porte; mas te advierto
Que ver la luna querria
Esta noche....
—Estoy en todo.
Quereis ventana que vista
Tenga al campo....
—Mas sin rejas....—
Y una bolsa bien cumplida
Cayó del rufian en manos,
Quien con ávida codicia
Abrió, por ver si por dentro
Era blanca ó amarilla.
Mas tanto el color le plugo,
Que á la estancia más lucida
Del meson llevó á don Diego
Y á Clara, que aún no respira.

Y vió el mesonero á Lara
Medir con rápida vista
La altura de la ventana
Que da á la feraz campiña.
—Esta noche....
—Estoy en todo.
El potro bajo una oliva
Y yo no sé el cómo y cuándo
Hizo ucé su despedida.—

. . . .

Y en la puerta del meson,
Al compas de una vihuela,
Un mozo de mulas canta
Con triste voz esta endecha:
«¿Por qué no cegásteis, ojos,
Cuando pasó por mi reja,
Si el mirarlo tanta angustia
Desde aquel tiempo me cuesta?»

X.

¡Hola! presto á la justicia
Abra la puerta el meson,
Que en nombre del rey venimos,
Que es como en nombre de Dios.—
Presto se abrieron las puertas,
Obedientes á la voz
De quien tan alto pedia
Y de tal nombre en favor.
Y salió el ruin mesonero
Demostrando sueño atroz,
Recatándose los ojos
De las luces de un farol.
—Dí, bellaco, ¿dónde escondes
Al truhan que se albergó
Esta tarde en esta venta,
Que fabricára Astarot?
¡Es un criminal!
—¡Dios santo!
¡Un criminal! ¡voto á brios!
Á haberlo yo conocido....

¡Qué desventurado soy!
¡Por Dios vivo! Tenía cara
Tan de bendito varon,
Que....
—Vamos, ¿dónde lo tienes?
—Pagó el gasto y se marchó.—

Subió el alcalde y ministros
De Lara á la habitacion,
Y la gente alguacilesca
Llena de asombro miró
Á una mujer que lloraba
Con infinito dolor
En una cama revuelta
Que negro crímen manchó,
Y una maletilla abierta
Y tirada en un rincon.
Y vió el alcalde á la dama
Y su prision decretó,
Y fué luégo á la maleta
Y, este es el crímen mayor,
Dijo, á gritos, al mirar
Que en ella no habia un doblon.

La justicia nada supo
Hacer de su nombre en pro

Más que entrar á sangre y fuego
De don Diego en la mansion,
Quedando en poder de escribas
Cuanto en ella se encontró.
Cien bandos se publicaron
Por escrito y por pregon
Emplazando al vil sacrílego,
Y de don Juan matador,
Ante la justicia humana
Y ante el tribunal de Dios.
Y para que sepas todo,
Si esto te place, lector,
Clara.... fué puesta en la cárcel
Y á don Juan se le enterró.

SEGUNDA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

LA MANO BLANCA.

I.

¿Á dónde Lara fué? ¡Quién lo adivina!
Al despertar la aurora, la neblina
Se alza del valle, escala la montaña,
Del viento en alas sube,
Y, convertida en nube,
Ó el cielo del alegre valle empaña
Ó cubre el mar con manto de tiniebla
Y en su terrible seno
Se funde el rayo y se produce el trueno.
Nube que el rayo descargára impía
Lara malvado fué; giron de niebla,
Que, convertido en nube tenebrosa,
Cubrió de amargo luto y de agonía
La pobre casa de don Juan dichosa.

Dibujando sus fúnebres crespones
Fantasmas de dolor y desventura,
En brazos de infernales aquilones,
Siempre nuncio de pena y de amargura,
El cielo oscureció de otras regiones.
Su nombre aborrecido,
Aunque Híspalis con sangre lo escribiera,
Se perdió en el olvido
Como si gratitud se le debiera.
Sulfúreo rayo una mansion abrasa,
El pueblo al contemplarla se horroriza,
Por todos el fracaso se comenta,
Pero si un año pasa,
Y el viento se ha llevado la ceniza,
Nadie se acuerda yá de la tormenta,
Ni de la triste y derrumbada casa.
¡Ah, nadie se cuidó del fin insano
Que preparó el destino
Al noble veterano,
Que halló fin tan menguado á su camino!
Ni nadie se cuidó de lo que fuera
De aquella niña hermosa,
En cuya casta frente pudorosa
Se alzaba el sol de alegre primavera.
Al año que pasó, nadie de Lara
Se acordó, ni del viejo, ni de Clara.

Como cuento medroso
Á los niños se dice el horroroso
Trágico fin del desdichado viejo,
Y más de alguna vieja
Cuenta como conseja
Que de la luna al trémulo reflejo
Se ve todas las noches de la iglesia
De San Juan de la Palma
En las sagradas puertas enclavado
Atroz, horrible espectro ensangrentado,
Que al cielo pide de don Diego el alma.

Mas algo, sí, se dice de don Diego.
Álguien contó que el mozo á sangre y fuego
En la hereje Alemaña
Hizo como soldado la campaña
En pro de Juan de Leyden maldecido,
Y que en la horrible lucha anabaptista,
Sacrílega riqueza ha conseguido
Por el Profeta haciendo la conquista.
Que robó los altares sacrosantos,
Que hizo barras los cálices de oro,
Que hurtó las piedras de ornamentos santos,
Y que en un templo se encontró un tesoro.
Y hay álguien que asegura
Que áun cuando el mismo rey no lo quisiera

Donde su blanca cuna se meciera
Don Diego ha de buscar la sepultura.
Que á España ha de volver y dar sonrojos
Á los que de su ausencia se alegraron,
Mostrando tal su brío, que de hinojos
Impetren su perdon los que entregaron
Á manos de un verdugo tosco y fiero
Su cabeza gentil de caballero.

Mas lo que á la verdad está ajustado
Es que Lara, más rico y más malvado
Que fué jamas, á fuerza de dinero
Del verdugo su cuello ha rescatado,
Y que, sin miedo ni reparo alguno,
Dando al olvido la mortal sentencia,
Á todos cuenta la sangrienta historia
De su postrer amor, aunque importuno
Remordimiento aqueja su conciencia
Y aterrador fantasma su memoria.
Que á la orilla del mar tiene un palacio
En la opulenta Génova, y que vive
Entregado al placer de las orgías
Como en Sevilla en los pasados dias.

II.

En Sevilla hubo un meson
En mesones sin igual,
Pues en él con memorial
Se lograba habitacion.
De honras perdidas plantel,
De aventureros desvan,
De jugadores afan
Y cátedra de Luzbel,
Era en verdad sin segundo,
Pues más bien que hospedería
Antesála parecia
De Satanás en el mundo.
De la noche á la mañana
Lleno estaba de soldados,
De legos desvergonzados,
De mozas de casa llana,
De aventureros matones,
De estudiantes charlatanes,
De descocados rufianes

Y de murcios ó ladrones.
Nunca sus puertas se abrieron
Porque jamas se cerraron,
Ni nunca dentro callaron
Pues siempre ruidos se oyeron.
Siempre blasfemias y gritos,
Y juramentos atroces,
Y carcajadas feroces,
Y cantares inauditos
Del meson aquel salian,
Y al barrio escandalizaban,
Y los niños se asustaban
Y los viejos maldecian.
Y aunque meter en cintura
Quizo el Asistente al dueño....
Se convenció que su empeño
Era insensata locura.

Sobre aquel antro infernal,
Paraiso de Luzbel,
Hubo un gigante cartel
Sobre el inmenso portal.
El cartel así decia
Con lenguaje socarron:
El cuerno de oro, meson,
Posada ú hospedería.

Y un pintor pelafustan,
Sobre dichos dos renglones,
Puso un varon sin calzones
Que ó era Baco ó el Padre Adan.
Alegórica ficcion
Que á Baco y á Adan cuadraba,
Pues ni Adan calzas usaba,
Ni Baco vistió calzon.
Y el así pintarlo en cueros
No fué en verdad desatino,
Porque siempre estuvo el vino
Como Adan y Baco, en *cueros*.
Que siempre el meson aquel
No fué meson, lo decia
El blason que se veia
Encima del gran cartel.
Sufre el blason orgulloso
Con el cartel gran trabajo,
Que no por estar debajo
Lo cree ménos afrentoso.
Pero el cartel baladí
Dice al blason: «*Don Carcoma,*
No se afufe, calle y coma,
Que si aún existe es por mí.»
Mucho debiera afrentar
Al cielo el blason aquel,

Para á tan triste y crüel
Compaña venir á dar.
Mas si en él álguien notara,
Viera que en aquel blason
Aún fiero estaba el leon
De los Manriques de Lara.

III.

Una tarde ante su puerta
Paró un caballo morcillo
Cubierto de espuma y polvo,
De sangre el hijar teñido.
Sus anchos lomos oprime
Un hombre de porte altivo,
Frisando yá en los cuarenta
Y á la italiana vestido.
Surcan su frente espaciosa
Arrugas, que son indicios
En quien por años no es viejo
Que muy de prisa ha vivido.
Que es caballero lo muestra
Su continente, y que es rico

Lo prueban las esmeraldas
Con que se abrocha el vestido.
Quedó absorto el caballero,
Contemplando mudo y fijo
El cartel que del escudo
Hace desprecios indignos,
Y triste quedó un instante,
Y entre dientes algo dijo
Que pienso que espanto diera
Á quien acertara á oirlo.
Mas soltó una carcajada,
Y «¿qué me importa el destino,
Murmuró, si sé vengarme
De sus hados enemigos?»
Y al corcel soltando riendas,
«Entremos en lo que es mio,»
Añadió, y entró en el patio
Armando tal laberinto,
Que nunca rey en su corte
Hizo entrada con más ruido.
Llegó al punto el mesonero,
Y mirando de hito en hito
Las hermosas esmeraldas
Con que se abrocha el vestido,
Y juzgando el muy taimado
Que fuesen cuentas de vidrio,

Por no pregonar riquezas
Quien no se mira seguido
De escuderos ni criados,
Exclamó:—Señor invicto,
No os puedo dar hospedaje:
No hay aposento vacío
En mi meson, ni en la cuadra
Lugar para ese morcillo.—
Mas, como si no le oyera,
El viajero, al tiempo mismo
Que descabalga, le dice:
—Bajo de aquel pasadizo
Está la cuadra....
—Nó, diantre.
Está mi cuarto.
—¡Por Cristo,
Es igual! Echa un buen pienso
Á mi caballo.
—Os he dicho
Que ni para vos ni el potro
Hay lugar.
—Rufian maldito,
Si, no siendo sordo, hice
Cual si no te hubiera oido,
Haz porque mudo te crea
Y así estarás bien contigo.—

Y del tal modo estas frases
El recien llegado dijo,
Que juzga el ruin mesonero
Que le va mucho en servirlo.
Entregó á un mozo de mulas
El potro, y triste y mohino
Echó á andar tras de su huésped,
Quien dando nombres distintos
Va á estancias y corredores
Y salones y pasillos.
—Este es el salon de armas.
—¡No tal, la cocina!
—¡Cristo!
Aquí el comedor estuvo....
—Ahora es el.... pues....
—Comprendido.
De modo que en esta casa
No hay estancia, por lo visto,
Que ocupe el lugar que ántes.
—Justamente, este edificio
Labróse para palacio,
No para meson.
—De fijo.
El blason que ví en la puerta
Lo está pregonando á gritos.
—Es de piedra y lo conservo.

—¿Luego eres el dueño?
—¡El mismo!
Compré la casa á la curia.
—¿Á la curia...?
—Sí, su antiguo
Dueño don Diego de Lara....
—Bien me suena ese apellido.
—¿Le conocísteis?
—Bastante.
¿Y en Sevilla qué se ha dicho
De tal mozo?
—Perrerías.
Su nombre está aborrecido.
—Pues muchos amigos tuvo.
—Aduladores, no amigos.
—Tal vez con razon disciernes.
—¡Se le acusó de sacrílego,
Y de matador de un viejo,
Y de hereje! ¡El Santo Oficio
Si cae en sus manos lo tuesta!
—Siempre ausencias han mentido;
Mas tanto, rufian, me placen
Las noticias, los explícitos
Datos que de él me refieres,
Que á premiar voy tus servicios.—
Y el viajero puso en manos

Del mesonero un bolsillo
Lleno de doblas tornesas,
Que, con su fulgente brillo,
Dejaron tan deslumbrado
Á aquel redomado pícaro,
Que con acento confuso
Y aire triste y humildísimo
—Señor, exclamó, me pesa
No haber estado tan fino
Cual cumple al magnate insigne
Que en vuestro sér adivino.
Mas la culpa es de mis ojos....
Juzgaron desvanecidos
Que las ricas esmeraldas
Con que abrochais el vestido
En vez de piedras preciosas
Eran pedazos de vidrio,
Porque viajero que llega
Á un meson, sin ser seguido
Por escudero ó criado,
No da las pruebas de rico.
Mas yá mis ojos luz tienen....
Que el sol de vuestro bolsillo
Se la ha dado. Como joyas
Las esmeraldas admiro,
Y veo que no hace falta

Á caballero tan ínclito
Ser seguido de escuderos
Para ser muy bien servido.
Vuestro es el meson.
—¡Quién sabe
Si acabará por ser mio!
Mas yá que tú me lo brindas,
Dispon para veinticinco
Personas alojamiento.
Ese es, bellaco maldito,
El número de criados
Que me acompañan....
—¿Qué he oido?
¡Dios santo! ¿Sois un monarca?
¿Sois un sultan berberisco?
¿Sois un virey de las Indias?:..—
Y no hubiera concluido
El rufian en sus lisonjas,
Ni en sus pomposos epítetos,
Si al mismo tiempo en el patio
No se hubiera alzado un ruido
Atronador de blasfemias,
De voces y de relinchos.
Asomóse á una ventana,
Y en revueltos remolinos
Vió un escuadron de caballos

De polvo y sudor vestidos,
Muchedumbre de carretas
Llenas de equipajes ricos,
Y un ejército de pajes
Y de escuderos lucidos.
Y nota, aunque poco entiende
De genealógicos signos,
Que dibujan las libreas
El noble blason altivo
Que sobre el cartel se alza
De su meson maldecido.

IV.

De pasmo, codicia y miedo
Sobrecogido el rufian
Mesonero del meson,
Que dirige Satanas,
Echó á la calle á la gente
Del bronce, que en él está,
Y solícito, afanoso,
Sin un instante parar,
De la cocina al salon

Y de la cuadra al desvan
Órdenes sobre mil cosas
Á cual más distintas da.
«El pavo que esté relleno,
Poned sábanas de holan,
Doble pienso á los caballos,
Vino al escudero echad.
El aguamanil de china
Para el huésped. Hipocrás
Para este paje, que viene
Cansado de caminar.
Id por más carne á la Alfalfa.
Id al horno por más pan.»
Y á todo cuanto previene,
Y á todo cuanto mandar
Se le ocurre, «¡Sangre y trueno!»
Exclama. «¡Qué ceguedad!
Creer que fueran las preciosas
Esmeraldas de cristal.»
En tanto el recien llegado
Ve con calma colocar
En su estancia las maletas
Y los baules, que están
Preñados de ricas piedras,
De oro, de plata y coral.
Sentóse, entre alegre y triste,

Á una ancha mesa á cenar,
Y así dijo al mesonero,
Que de sí cuentas no da:
—Me dijistes hace poco,
Y no te quise arrancar
La lengua, porque no tienes
Culpa tú de tal maldad,
Que comprastes esta casa
Á la curia, que vengar
Quiso algun negro pecado
De un Lara que fué un truhan.
Mató á un viejo, y lo que hiciera
La curia bien hecho está,
Si en misas por el difunto
Algo ha venido á gastar.
Mas del Lara fuí amigo,
Y tengo curiosidad
De saber si entró en la venta
Los retratos y demas
Muebles que el mozo tenía
En grande estima, en verdad,
Por ser recuerdo de aquellos
Que no pudieron pensar
Verse nunca entre las manos
De quienes por él están.
—Los retratos y los muebles....

Yo.... gran señor....
—¡Barrabas,
Los vendiste!...
—Dió un judío
Por todos....
—¡Bah, me es igual!
¿Aún vive ese perro?
—Vive.
—Pues mañana le dirás
Que por el triple le compro
Cuanto de aquí sacó mal.
Y ahora, escúchame, en la cuenta
De la cena me pondrás
Lo que por el meson quieres;
Mas ten cuidado, rufian,
Con los guarismos, no sea
Tenga alguno que raspar.
Piensa esta noche la suma
Y vete, bergante, en paz.

V.

Quedó á solas don Diego, pues él era,
Y meditando por la vez primera

En su pasada historia,
Vió alzarse con estruendo en su memoria
Mil terribles espectros pavorosos,
Mil airados fantasmas sanguinosos.
  Por el coraje y la vergüenza mudo
Devoró los ultrajes de su escudo,
Recordó de su padre la nobleza,
Las glorias de sus ínclitos mayores,
Y entre espantables, fúnebres clamores,
Con hondo miedo, con pavor no falso,
En manos de un verdugo su cabeza
En óptica ilusion vió en un cadalso.
  Acordóse de Leyden y de Clara
Y del viejo Giron, y sintió frio
Al quitarse el acero, pues repara
Que el hierro aquel impío
Manchas tiene de sangre, que parecen
Que en rojo mar ante su vista crecen.
  ¡Cuánto crímen! ¡Qué inmensa pesadumbre
De recuerdos de luto y de amargura
Entónces lo afligió! ¡Qué muchedumbre
Miró delante de él, que con locura
Rabiosa le acusaba
Y de su odiado nombre blasfemaba!
¡Cuánta doncella pura!
¡Cuánto noble soldado!

¡Y cuánto apóstol del altar bendito
Ponian en su frente de malvado
El sello de la muerte y del delito!
¡Hora terrible fué! No tuvo Diego
Momento más amargo en su existencia.
¿Quién la ceniza separó y el fuego
Casi extinto avivó de su conciencia?
¿Fué Giron? ¿Clara fué? ¿Del cielo vino
La luz que le alumbró en aquel instante,
Ó el infierno triunfante,
Para hundirlo y tal vez desesperarlo,
De sangre y luto le mostró el camino
Por do corrió anhelante
Cuando ¡infeliz! no puede yá borrarlo?
No sé. Pero en el vicio
Hay siempre un hora de infinita pena....
Hora que siempre suena,
Mostrando al pecador virtud y vida,
Cuando al borde del negro precipicio
¡Ay! hasta la esperanza ve perdida.
Mas aquella impresion duró un momento,
Sólo un momento, sí, no fuera Lara
Si medroso y futil remordimiento
En su ferrado corazon entrara.
«¡Insensato!» exclamó. «¡Yo desatino!
¿Estoy loco ¡pardiez! ó me ha embriagado

El rufian mesonero con su vino
Para pedirme precio más alzado
Por el palacio espléndido, que un dia
La curia convirtió en hospedería?
¿Qué diablo de fantasmas y visiones
Han turbado mi mente? ¿Qué embolismo
Es este de sentir dentro mí mismo
Tristes y dolorosas impresiones?
¿Por qué tanto recuerdo de amargura?
¡Qué tengo yo que ver con muerto tanto,
Con tanta pena y tanta desventura,
Con tanta sangre y deshonor y llanto!
¡Qué me importa, pardiez! Yá la cuchilla
Del verdugo detuve con mi oro....
¡Yá me encuentro en Sevilla!
¡Yá tengo mi palacio y un tesoro
Que es de tesoros prez y maravilla!
Vuelvo á vivir aquí, feliz, contento.
Aquí reanudaré mis bacanales.
Venga á mí el que sediento
Esté de los placeres saturnales.
¡Vuelvo á Sevilla! ¡Desdichada Clara,
Cuál, si me viera, la infeliz gozara!»

Y así diciendo, con tranquilo pecho,
Mató la luz y se arrojó en el lecho.

VI.

¡Mas nó! Sueño pacífico
Sus párpados no cierra,
Algo finge su espíritu
Que á su pesar le aterra.
Surgen de su alma hórridos
Fantasmas mil y mil.

Un miedo terrorífico
De su alma se apodera,
Ve pasar en fantástica
Interminable hilera
Sabios, guerreros, próceres
De porte varonil.

En sus semblantes tétricos
Reconoce el malvado
De sus abuelos ínclitos
Todo el linaje honrado.
Oye á todos coléricos
Gritarle «¡maldicion!»

De Lara el nombre célebre
Con hazañas hicieron,
Con roja sangre cálida
De laureles ciñeron
El noble escudo invicto
Que él cubrió de baldon.

Á su conciencia lóbrega
Débil luz ilumina,
Entre vapores lúgubres
Ve la sombra divina,
Aérea, celeste, fúlgida
De la mujér que amó.

Ve sus mejillas pálidas
Arrasadas en llanto,
Ve sus ojos lumínicos
Cerrarse con espanto,
Ve la virgínea túnica
Que infame desgarró.

Mira un templo, en sus ámbitos
Los querubines vuelan,
Con armoniosos cánticos
Los ángeles revelan
Á Clara la union mística

Que va á hacer con Jesus.

Él, de nuevo impertérrito,
Loco, al templo se lanza,
De la cohorte angélica
Quiere tomar venganza,
Y con furor sacrílego
Blasfema de la Cruz.

De nuevo arde diabólica
Lucha, y de nuevo cierra
Contra Giron, que ¡mísero!
Cae cadáver. Lo aterra
Ver cuál su sangre cálida
Mancha el sagrado umbral.

Ve legiones de espíritus
Cerniéndose irritados
Sobre su frente réproba.
Oye á los condenados
Con jubiloso estrépito
Su crímen celebrar.

Juntando las fatídicas
Sombras con que luchara
Con Leyden el satánico,

Por quien él derramara
Su sangre, cuando apóstata
Combatió por Luzbel;

Mira aquellos innúmeros,
Terribles, espantosos,
Ejércitos del báratro
Combatir sanguinosos
Por derribar del Gólgota
La enseña de la fe.

Y ve al monje decrépito
Sobre el ara sagrada
Su cabeza de mártir
Del tronco separada;
Ve en un monton sus vísceras
Bajo los piés de Dios.

Y á la monja tristísima
Por la noche bajando
Al claustro ¡yá sin ángeles!
Y tumba en él cavando
Para ocultar el crímen
Que ella no cometió.

Escucha ecos horrísonos

De infames alegrías,
Ve los sagrados cálices
Sirviendo en las orgías,
Y el bendecido néctar
Sobre el suelo caer.

Y relumbrar los místicos,
Sagrados pectorales
Sobre los senos lúbricos
De hermosas sin cendales,
Que van con ellos ¡réprobas!
Á entregarse al placer.

Á su pesar, y atónito
De lo que piensa y siente,
Tiembla, de sudor níveo
Se le empapa la frente.
¡Quieres rezar! ¡Sacrílego,
Si no sabes rezar!

Siente un afan insólito
Que el alma le devora
Con angustioso vértigo.
Quiere llorar, ¡no llora!
Tu afan es tu patíbulo.
¡Yá no puedes llorar!

VII.

Como obediente á un conjuro,
Como obra de encantamiento,
Como prodigio diabólico,
Cual milagro de un deseo,
El meson, en solo un dia,
Perdió el traje villanesco,
Y otra vez á ser palacio
Volvió, fiel á su abolengo.
Cayó el cartel hecho trizas
Á la calle, y desde el suelo,
Y confundido en el lodo,
Contempló al blason soberbio
Cuál de él se mofa, vengándose
De los antiguos desprecios.
Que ave audaz que, sin ser águila,
Quiere remontarse al cielo,
Más tarde ó temprano llora
Lo vano de sus intentos.

En vez de los marmitones,

Sucios, bellacos y obesos,
Se miran en las cocinas
Atildados cocineros.
En vez de mozas de cántaro
De rojizos zagalejos,
Se ven doncellas, que lucen
Semblantes y trajes bellos.
En vez de cansados asnos
Y mofletudos arrieros,
Y carromatos horribles
De mugre y lodo cubiertos,
Se ven potros cordobeses,
Garridos palafreneros
Y carrozas, que no ostenta
De España el monarca egregio.

Adornan las escaleras
Grandes jarros arabescos,
Y lucen las galerías
Armaduras y trofeos.
Suspende el ver los salones
De tantas riquezas llenos,
Que los ojos se fascinan
Y se embarga el pensamiento.
En ellos yá están los cuadros
Que fueran santos recuerdos

De familia, y que el judío
Que los compró en otro tiempo
Volvió á gusto al que debiera
Por justas causas perderlos.
Cubren los muros tapices
Que honor dan á los flamencos,
Y alfombras ricas de Persia
Extiéndense por los suelos.
Las índicas sederías,
Los süaves terciopelos,
Los encajes y las plumas,
Las flores y los inciensos
Más raros, más exquisitos
Allí se miran, luciendo
La imponderable fortuna
De Lara, el aventurero.
Tal aparato de lujo
No pudo estar encubierto,
Y si fué accion milagrosa,
Prodigio de encantamiento,
Que el meson en sólo un dia
Perdiera su traje abyecto
Y en palacio deslumbrante
Se trasformara, portento
Tambien fué que en breves horas
Todo el hispalense pueblo

Supiera la inesperada
Vuelta del rico mancebo.
Recibieron la noticia
Con escándalo los viejos,
Con algazara los malos,
Con pesadumbre los buenos.
Fué el Asistente á su casa
Á llevarle el perdon regio,
Y su calle en romería
Los curiosos convirtieron.
Hubo aplausos y hubo vítores,
Nadie habló de antiguos hechos,
Que Lara torna muy rico
Y es gran señor don Dinero.
Sólo en un sepulcro oscuro
Pienso que se estremecieron
Unos huesos olvidados
De deshonra y sangre llenos.

VIII.

No vió la impura Roma en los festines
De Neron y Heliogábalo una mesa

Tan rica, tan profusa, tan brillante
Cual la que Lara á sus amigos muestra.
Manjares delicados y exquisitos,
Que sobre enormes platos de oro humean;
Frutas que exhalan los aromas suaves
De los bosques del Asia y de la América;
Cuantos vinos promueven la locura,
Cuantas flores produce primavera
Allí se miran, y á su vista todos
Pregonan de don Diego la grandeza.
Es la vagilla de oro, y coronadas
Las salvillas se ven por ricas piedras.
Los altos jarros, las esbeltas copas
En sus piés lucen nacaradas perlas.
Mas ¡oh! que algunas hay que vasos santos
Parecen al que atento las observa.
De ramos de coral y oro brillante
Los candelabros son, y arde la cera
Exhalando perfumes, que en las aras
De índicos dioses los creyentes queman:
Mas si sorprende el fúlgido aparato
Que el nuevo Baltasar luce y despliega,
Más hechiza y admira á sus amigos
Su rico traje, su gentil presencia.
Todo el valor de su linaje antiguo
En sus ojos de águila se muestra:

Melena de leon son sus cabellos,
Sus blancas manos garras de pantera.
Su corazon.... es noche, do si brilla
Luz, es del rayo, que ilumina y quema.
Á la italiana viste, mas su veste
Tejida fué con orientales perlas,
Y astro es su peto de encendidos soles,
Red de brillantes que los ojos ciegan.
En lucha desigual, con él pretende
Competir, sin vencer, Juan de Aguilera,
Su antiguo compañero de aventuras
Y tal vez su enemigo en las ausencias.
Llegó al festin con que el bizarro Lara
Su bienvenida celebrar desea
Con la risa en los labios, pero lleno
El corazon de hiel y de tinieblas.
¿Siente quizás de la opresora envidia
Dentro del pecho la roedora lepra,
Ó tal vez teme que su antiguo amigo
De su conducta le demande cuentas?
No sé; pero se oculta algo espantoso
En su torva mirada, y bien se muestra,
Que las órdenes que dicta á su escudero
Malas, sin duda, son, pues que le alegran.

. . . .

. . . .

La cena principió. Cual siempre pasa,
Grave, tranquila, moderada, honesta,
Hasta que el vino enrojeció los labios,
Turbó las mentes, desató las lenguas.
De allí empezó el tumulto y la algazara,
Despues siguió la charla que marea,
Epigramas y bríndis y cantares
Que terminan tan pronto como empiezan.
Sólo una voz se escucha, es la de Lara....
Cuenta de Italia amores y proezas,
Y habla de Leyden sin reparo alguno,
Como si en Munster el festin tuviera.
Habla de Leyden, pero no de Clara,
Su nombre no pronuncia, pués con pena
Dentro del alma ve su triste imágen
De sangre y luto y deshonor cubierta.
No habla de Clara, nó, teme que el pecho
Llagas ocultas descubrir pudiera,
Porque ella fué la sola á quien amara,
Si amor pueden tener almas de hiena.
¿El terrible fantasma ensangrentado
Tocó su frente con su mano yerta?
¿Vió de Giron la imágen espantosa
Trocando en sangre el vino de su mesa?
No sé; pero el mancebo sintió el frio
De un puñal penetrando en su conciencia,

Y de sangre ó licor quiso embriagarse
Por no ver los fantasmas que lo aterran.
—¡Oh, bebamos! gritó. Sed ardorosa
Siento de vino. ¡Vino que me quema!
Siento sed de licor y de placeres....
Quiero borrar tristísimas ideas,
Que ¡traidoras!... en cánticos de muerte
Los bríndis todos de vosotros truecan.
¿Dónde está Flora, la de azules ojos?
¿Dónde está Laura, la de tez morena?
¿Dónde Clori y Mencía? ¡Tristes horas
Las del festin do no se miran bellas!
¡Viníisteis solos!
—Por venir de Italia
No quisimos, don Diego, hacer la ofensa
De presentaros hispalenses Vénus.
—Humilla la Padilla á la Lucrecia.
—¡Bien decís! En Sevilla hay hermosuras
Que soles son de sin igual belleza.
—Vengan, pues, Laura y Flora; venga Clori.
—Venga ante todas la sin par Estrella,
Dijo Aguilera.
—¡Estrella! exclamó Lara.
Á esa no conocí, mas, sí, ¡que venga,
Que venga pronto! pues su nombre indica
Que luz del sol en su semblante lleva.

¡Muy negro está mi pecho y necesito
Luz celestial para romper sus nieblas!—
Sarcástico Aguilera sonrióse.
Todos miran á Lara y cuchichean,
Que el nombre aquel de Estrella anuncia á todos
Aurora horrible, lúgubre, sangrienta.
—¡Á Estrella quiero,—delirante Lara
Grita con fuerte voz,—demando á Estrella!
¡Su amor aguardo!—Y Aguilera dijo:
—¡Venid, que Lara vuestro amor espera!

IX.

¡Oh hermosa, dulce vision
Por un conjuro evocada!
¿Es una mujer ó un hada?
¿Es realidad ó ilusion?
No lo acierta la razon,
Pues al mirarla tan bella
Bien se comprende que en ella
Hay ficcion y realidad,
Pues es sol de claridad
Y se da nombre de Estrella.

Lara al verla palidece.
Aquel fantasma ó mujer
Es encarnacion de un sér
Que á su conciencia estremece....
Si más la mira, más crece
Su amargura y su tormento,
Pues tenaz el pensamiento
Con voz estentórea grita
Que aquella vision maldita
Es ¡ay! el remordimiento.

De ella pretende apartar
Alma y ojos, porque siente
En su corazon, hirviente
Volcan próximo á estallar.
¡Ah! no la quiere mirar,
Pues cuanto más la repara
Más con terror ve en su cara,
Como en refulgente espejo,
Brillar el vivo reflejo
De la infeliz doña Clara.

Clara pudiera vivir
Bajo el peso del dolor,
Mas no vendiera su honor,
Pues le matara el sufrir.

Mas ¡ah! si pudo fingir
Tan desapiadada suerte
Para Clara, es que le advierte
El alma que se le arranca
Que limpia es la nieve y blanca
Y en vil lodo se convierte.

X.

Hubo un momento de silencio frio,
Don Diego y Aguilera se miraron,
Y en sus ojos volcan de fuego impío
Tal vez los dos al par lucir dejaron.
Torvo Aguilera, el anfitrion sombrío,
Sin palabras los dos se amenazaron,
El diablo á la venganza les impele
Y el salon del festin á sangre huele.

Mas Lara, reprimiendo su coraje,
Y ocultando el afan que lo devora,
Y queriendo olvidar que fué un ultraje
El presentarle á la beldad traidora,
Atento á lo que pide su linaje,

Quizá por vez primera brinda ahora
Sitio á la dama, que vengarse fiero
Es despues que cumplir cual caballero.

Sentóse Estrella de Aguilera al lado,
Y frente á Lara, á quien su vista agita.
Quedó el banquete en funeral trocado.
Allí la muerte al parecer palpita.
De satánico gozo saturado,
Aguilera de Lara el odio irrita,
De Estrella aprisionando la cintura
Y bebiendo en loor de su ventura.

Miraba Estrella á Diego tristemente,
Mas á veces trocaba su mirada
En expresion colérica é hirviente
De odio y desprecio y de furor bañada.
Alzóse del asiento de repente
Y entre horrible, espantosa carcajada,
Exclamó:—¡Lara! ¡Noble caballero,
Nadie brinda por vos, brindar yo quiero!

Vuestro festin, mi labio os lo asegura,
Á los ojos deslumbra, al alma espanta;
Hay algo aquí de horror y de amargura
Que hace morir la risa en la garganta....

Festin de Baltasar se me figura,
É imagino que veo se levanta
Ante vos un cadáver que revive
Y en vuestra frente «¡maldicion!» escribe.

Me llamásteis, yá vengo á vuestra orgía,
Y dáos por ello el parabien cumplido,
Pues os traigo el placer y la alegría.
—¡Nó!—gritó Lara, de dolor transido.
No sois nuncio de paz, sí de agonía;
Pues vos á mi memoria habeis traido
La imágen de otra estrella, á quien con cieno
Robé la luz y el esplendor sereno.

—En vos tal confesion....
—¡Ah, no os asombre
Este crudo dolor, en mí irrisorio!
No dejé por ser Lara de ser hombre,
Y en vos cual hombre hallé mi purgatorio....
¿Estrella sois? Mentira es ese nombre....
Realidad vuestro sér, sueño ilusorio
Vuestra loca embriaguez. Por mi tormento....
Clara os llamais y yo Remordimiento.

—¡Clara! ¿Clara quién fué?—dijo la hermosa
Estrella con aullido de pantera....—

Si fué la amante prometida esposa,
¿Cómo pudo llegar á ser ramera?
Estrella es una imágen engañosa
De esa mujer que á vuestro pecho altera.
Clara murió....
—¡Murió?
—Si nació honrada,
¡Cómo vivir al verse mancillada!

Yo, yo la conocí. No de mi mente
Podrá borrarse nunca su semblante,
No tan bello y gentil como inocente,
No tan cándido y puro como amante.
¡Oh, Lara! ¿os acordais? Sobre su frente
Alzábase la aurora centelleante,
Y su alma vírgen como flor se abria
Al claro sol que en vuestro amor veia.

Todos sus sueños, toda su ventura,
Toda su vida, en fin, en vos cifraba.
Era la triste golondrina oscura
Que en vuestro corazon nido buscaba.
¡Brindemos, ay, por su sin par locura!
¡Brindemos por los sueños que soñaba!
Esos sueños de amor que al alma hechizan
Y en cieno y sangre luégo se realizan.

Decidme, Lara. ¿Imaginar pudiste
Que la hija de Giron, noble soldado,
En la mazmorra de una cárcel triste
Viera surgir espectro ensangrentado?
¿Pensaste que el horror que cometiste
No diera un dia fruto envenenado,
Y que con sello infame en su alba frente
No habia de nacer un inocente?

Pues nació en una cárcel quien llevaba
De Clara el deshonor, de tí el veneno.
¡Ángel triste que el cielo desterraba
Al mundo infame de mancilla lleno!
Negro fantasma aterrador se alzaba
Entre aquel niño y el materno seno,
Y la leche que bebe en hiel se trueca
Y la boca purísima le seca.

¡Un hijo, un hijo! La tiniebla oscura
De la mazmorra á Clara no da espanto,
Pues ver puede la madre en su amargura
Del tierno niño el celestial encanto.
Un sol mira en su frente, y se figura
Que es de alegría su abrasado llanto,
Y al contemplarse madre, hasta se olvida
Que el hijo al crímen le debió la vida.—

Estrella ahogó un gemido lastimero.
Lara marmórea estatua parecia.
—Seguid,—dijo Aguilera,—porque infiero
Que Lara está curioso en demasía.
—Una noche vendióse al carcelero
La desdichada, su hijo no tenía
Cuna donde dormir.... y, sin consuelo,
Tuvo á la tierra horror y voló al cielo.

Sola en el mundo, el corazon helado,
Sin lágrimas los ojos, sin conciencia,
Y al ver su corazon desesperado,
Juzgándose ¡infeliz! sin providencia,
Lanzóse en el abismo del pecado
Con febril ánsia, con mortal demencia,
Que, pues su cuerpo no murió, sin calma
Quiso con hiel envenenar el alma.—

Estrella enmudeció. Triste gemido
Se escapó de su labio palpitante,
Contempló á Lara, y Lara conmovido
No se atrevió á mirar á su semblante.
—¡Oh, vive Dios! No sois el que habeis sido,—
Dijo entre carcajada delirante.—
Dí, nuevo Baltasar, ¿soy yo la sombra
Que en tu festin tu maldicion te nombra?

Nó, reine en tu banquete la algazara,
De la embriaguez estalle la alegría,
Brindad vos por Estrella y doña Clara,
Por su loco placer, por su agonía....
Brindemos todos por el noble Lara.
Apuremos las copas á porfía.
Olvidemos recuerdos de amargura....
Sea de ellos el licor la sepultura.

XI.

Todo el concurso con pena
Y enmudecido escuchó
Tal bríndis, terrible cántico
De amarguísimo dolor,
Que arrancaba dentro el pecho
Pedazos del corazon.
Todos miraron á Lara
Cuando Estrella se calló,
Y todos en él notaron
Muestras de martirio atroz.
Quiso hablar sin duda alguna,
Pero su acento se ahogó

Entre sus labios, que el vino
Tiñe de rojo color.
Tal vez el remordimiento
Es quien le quita la voz,
Ó tal vez sus amarguras
Nacen de insensato amor,
Que halla vida en los umbrales
De la infamia y del baldon,
Comprendiendo la virtud
En quien la virtud huyó.
No sé; mas cerró sus ojos,
Su frente bañó el sudor,
Y su cabeza inclinando
No se sabe si lloró.
—Muy mal y contra mi nombre,—
Dijo á Clara,—obré con vos;
Mas me pesa, y ved, señora,
Que al hacer tal confesion
Hago lo que nunca pude
Comprender hiciera yo.
Mucho os debo, mas ansío
Pagar deudas de mi honor.
Hablad, que á satisfacerlas
Me obligo con cuanto soy.
—Mucho Estrella os demandara,—
La cortesana exclamó.

—Pues lo tendrá, aunque pidiera
Que alfombre su planta el sol.
—Mucho don Diego promete,—
Aguilera murmuró.
—Lo que promete don Diego
Lo sabe cumplir mejor,
Y nadie de estas promesas
Cual tasador os llamó.
—Es que de Estrella soy lumbre.
—Pues yá esa lumbre murió.
Ved de buscar un lucero
De más llana condicion,
Que esta estrella se ha apagado
Ahora mismo para vos.
—¿Quién será quien mi luz nuble?
—¿Quién será, Aguilera?... Yo.—
Siniestro murmullo alzóse
Del festin en el salon,
Y todos los convidados,
Cual esperando una voz,
Corren á tomar sus armas,
Pues no es por vano temor,
Donde habrá lucha, un acero
Llevar en el cinturon.
Sólo quedaron sentados
Los héroes de la funcion.

Aguilera sonrïente,
Pues finge que nada oyó.
Lara con fuego en los ojos.
Mirando Estrella á los dos,
Y así diciendo á don Diego
Con seca, histérica voz,
Que más y más se enronquece
De Chipre con el licor:
—«Porque os dije que me vendo
Vuestra insensatez creyó
Que comprar podríais con oro
Placeres de un muerto amor.
Infamada cortesana
Que, entre la sombra, el baldon
Apura, y baña en vil lodo
Su cuerpo, sin duda soy;
Mas yo al verdugo me diera
Y no me comprárais vos,
Porque más vil que el verdugo,
Lara, ante mis ojos sois.
Muchas riquezas teneis;
Pero bastantes no son
Para pagarme las lágrimas,
Los instantes de dolor
Que he sufrido, las blasfemias
Que he arrojado contra Dios,

Las gotas de sangre cálida
Del padre que amaba yo,
Que han caido, abrasadoras,
Dentro de mi corazon.
Estrella soy para todos,
Siempre Clara para vos.
—¡Ay de mí! ¡Clara!—don Diego
Con loca angustia exclamó,
Sin notar que sus amigos
Se admiran de su afliccion.—
Pagarte quiero mis deudas
No con oro, con amor.
—¡Con amor! ¡Ah, miserable!
¿Diste nombre al que nació
Entre las densas tinieblas
De una infamante prision?
Y hablas de amor ¡á su madre!
¡Á su madre! que secó
Las fuentes del llanto, ansiosa
Por borrar del deshonor
El sello, que en su alba frente
Tú imprimiste, ¡vil ladron
De honras! ¡Malvado asesino
De viejos! ¡Engendro atroz
Del vicio! ¡Viva vergüenza
De tu alcurnia y tu blason!

¡Soy de todos ménos tuya!
—Yá lo escuchaste,—exclamó
Aguilera.—Y Clara grita
Con ronca, estentórea voz:
—¡Soy de todos! ¡Tuya nunca,
Vil asesino y ladron!—

Erizósele el cabello
Á Lara, bañó el sudor
Su frente, tornóse pálido
Y luégo se amorató;
Los ojos se le cegaron,
Quiso hablar, faltóle voz;
Temblaron todos sus miembros
Y sangre el labio escupió;
Y, cegado de coraje,
De vergüenza y de dolor,
Con un cuchillo en la mano
Á Clara se abalanzó.
Halló muralla de aceros
Protegiendo el corazon
De la mujer que en un dia
Tanto y tanto le adoró.
—¡Villano!—gritó Aguilera,
Y, con terrible clamor,
—¡Villano!—gritaron todos

Á un tiempo y en una voz.
—¡Ah! ¿quién me llama villano?—
Y Aguilera dijo:—¡Yo!
—¡Sitio!
—¡San Juan de la Palma!
—¡Hora!
—Este instante.
—¡Ay de vos!
—¡Ay! ¡en San Juan!—Clara dijo—
¡Allí á mi padre mató!

XII.

Cuentan antiguas historias
Que era San Juan de la Palma
El sitio más espantoso
De la ciudad sevillana.
En el yermo en que la iglesia
Su alto campanario alzaba,
Callejuelas tenebrosas
Y estrechas desembocaban.
Calles horribles y oscuras,
Calles llenas de fantasmas,
Y de fatídicos ruidos,

Y de cornejas que espantan.
En ellas siempre los perros,
Agoreros de desgracias,
Escarbando el suelo aullan,
Pues ven la muerte que pasa.
Nubes de horribles murciélagos
Su estridente chillar lanzan.
Y buhos revolotean
Por encima de las casas.
En esas siniestras calles,
Y en esas horas calladas
De la noche, que producen
Miedo pánico en las almas,
Se escuchan tristes lamentos,
Áspero crujir de espadas,
Lúgubres ayes de muerte,
Blasfemias desesperadas.
Mas el yermo en que la iglesia
Su alto campanario alza
Es el mar que los horrores
De las callejuelas traga.
Las paredes del convento
Tapizan yerbas parásitas,
Y enfermizos jaramagos,
Y ortigas y agrestes zarzas
Nacen doquier en la tierra,

Debajo la que descansan
Los que muerte recibieron
De las justicias humanas.
¡Por eso aquel sitio horrible
De los ahorcados se llama!
Á la luz del dia, horrendas
Parecen iglesia y plaza;
Pero en la noche, que todo
Lo pavoroso agiganta,
Iglesia y plaza dan miedo,
Y nadie por ellas pasa.
Que el campo-santo, se dice,
Brota legion de fantasmas,
Y que los ahorcados salen
Y largas sogas arrastran.
Y se dice que un espectro
Más que todos pavor causa;
Está clavado en las puertas
Del templo y pidiendo un alma.
Vengativo espectro horrible,
Que parece que allí aguarda
Á alguno, á quien Dios un dia
Enviará á que satisfaga
Deudas ¡que tarde ó temprano
No quedan sin ser pagadas!

XIII.

Sonó vibrante en un reloj lejano
Desapacible, bronca campanada,
Y en una estrecha callejuela oscura
Se escucharon pisadas.
¿Quién se atreve á tal sitio y en tal hora
Llegar sin miedo, sin que turbe al alma
Ni el horror del lugar, ni la profunda
Oscuridad callada?
¡Es don Diego! Miradlo. Su semblante
La desesperacion tiñe de grana.
Blasfema impío y delirante aprieta
El pomo de la espada.
¡Va á matar ó á morir! ¡Es su destino!
Vértigo insano le devora el alma.
Ya que con oro no, con sangre quiere
Comprar el muerto corazon de Clara.

XIV.

«Aguilera me seguia,»
Murmuró; «febril le espero,
Pues muero porque mi acero
Se bañe en su sangre impía.
Voy á sentir esta vez
Tal contento al ver brotar
Su sangre, que va á estallar
Mi corazon de embriaguez.
¡Ay de mí! ¿quién me dijera
Que á este sitio volveria
Por ella, y que lucharia
Por su amor con Aguilera?
De una paloma, inhumano,
Mancillé las puras galas,
Y corté sus blancas alas
Para entregarla al milano.
Dentro su nido vivió
La blanca paloma herida,
Y en águila convertida
Por mi desdicha salió.

¡Ay, Clara! me has insultado
Cruelmente, me has ofendido
Porque me has visto rendido
Y me has visto enamorado.
Rendido de compasion,
Rendido por el tormento
De un crudo remordimiento
Que me asaltó el corazon.
Enamorado de tí,
De tu fulgente hermosura,
Que en los dias de ventura
No aprecié, no conocí.
Preciso ha sido perderte
Para haber llegado á amarte;
Preciso ha sido adorarte
Para que me des la muerte.
¡Oh insensatez! ¡Oh locura!
¿Por qué tu pureza adoro?
¡Si ahora.... meretriz la lloro....
Si ahora la conozco impura!
Mas.... no es locura.... el pecado
Que tú cometiste es mio,
Y quise, y áun ahora ansío,
Que sea por mí borrado.
¡Oh, Clara! mi corazon
Olvida tu justo encono,

Yo quiero subir al trono
De tu infamia y tu baldon.
  Me dijiste ¡vil! lo fuí;
Y asesino, aquí maté;
Y ladron, tu honor robé:
Fuiste justa para mí.

  «Aquella es la puerta, allí
Quedó clavado Don Juan.
Otra vez sangriento afan
¡Desdichado! me trae aquí.
  Ahora tambien con furor
Vengo á este sitio por ella,
Que es destino de mi estrella
Que aquí venga por mi amor.»

  Dió un paso; una sombra vió
Interponérsele fiera.
—¿Quién va?
             —Don Juan de Aguilera.
—¡Á reñir! Lara soy yo.—
  Sus aceros se cruzaron,
Se oyó un grito de hondo anhelo,
Y el caer de un hombre al suelo,
Y pasos que se alejaron.

Allí Lara mató un dia,
Y por Dios estaba escrito
Que do cometió el delito
Fiero castigo hallaria.
No eran mónstruos, ni tormentos
Del infierno merecido....
Lo que mira estremecido
Son ¡ay! sus remordimientos,
Tomando humanas hechuras,
Sus crímenes señalándole,
Y el panorama mostrándole
De sus viles aventuras.
Ve á Leyden y su impío bando
La santa cruz sacudiendo,
Mira los templos ardiendo,
Los monjes agonizando.
Y en la terrible vision
Tambien con espanto mira....
Á su Clara, que suspira
Entre triste procesion.
Procesion que á un solitario
Templo camina pausada....
Allí Clara enamorada
Va á encontrar muerte y calvario.
Y oye un órgano sonar,
Y ve á unas monjas salir

De la iglesia, y relucir
De Cristo el sagrado altar;
  Y vuelve á ver los soldados,
Amigos de Giron, fieros,
Al aire echar los aceros
Y batirse denodados;
  Y oye el crugir de su espada
Al partir el corazon
Del desdichado Giron,
Y en la puerta hallar entrada;
  Y en su mortal desvarío....
En la puerta ve una cosa
Tan terrible y pavorosa
Que siente en sus huesos frio.
  Ve una mano estremecida
Que de aquella puerta sale....
¡Mano que tal vez señale
El término de su vida!
  Y la mano algo reclama
De él, pues la mira moverse,
Y hácia donde está extenderse.
¡Oh, sí, sin duda le llama!
  Del Diablo debe de ser,
Ó de una monja será,
Que á un galan esperará
Para su cárcel romper.

«Demonio, ó monja, venid,»
Gritó, «venid, no llameis,
Y, ó no me desespereis,
Ó en mi socorro acudid:»
Y arrastrándose, y dejando
Regueros de sangre hirviente,
Cual venenosa serpiente
Al templo se fué acercando.
Y miéntras más se acercaba
Más y más claro veia
La mano, que con porfía
Y sin cesar lo llamaba.
Pero al tocar el umbral
De la iglesia un grito dió:
¡Era la mano que vió
La de un espectro infernal!
«¡Ah,» exclamó, «ya te contemplo!
¡Tú eres Giron! ¡desdichado!
¡Con mi espada estás clavado
Aquí, en la puerta del templo!
Así te dejé, y así
Por mi mal vuelvo á encontrarte....
Giron, ya puedes vengarte
De la muerte que te dí.
Espectro de mi pecado,
Corta el hilo de mi vida,

Desgarrándome la herida
Que á tu vista se ha secado.»

Así exclamaba el maldito,
Presa de horrible tormento,
Loco de remordimiento,
Asombrado del delito.

Vió de las tumbas alzarse
Las sombras de los ahorcados,
Y á todos los condenados
En torno suyo agruparse.
Y del templo, que le arredra,
Vió con hábitos monjiles
Salir espectros á miles,
Y miles santos de piedra.
En su alrededor se juntan,
Y con voces tristes, secas,
Como los sepulcros huecas
Por Clara y Giron preguntan.
Y el espectro aterrador
De Don Juan con eco fuerte
Les dice: «¡Me dió la muerte!
¡Á Clara dió el deshonor!»

¡Ay, sufrir no puede más!

Y se contempla espirante,
Con los fantasmas delante,
Con los ahorcados detras.
«¡Oh! Dios, á quien ofendí,»
Murmuró, «de quien dudé,
Y sacrílego afrenté....
¡Tén, Señor, piedad de mí!
Déjame morir en calma,
Que ya imploro tu perdon.
Perdóname tú, Giron,
Que á tus piés pongo mi alma.»

XV.

Pasó aquella horrible noche,
Y al primer rayo de sol,
Lara, casi moribundo,
Con pasmo indecible vió
Que aquella mano espantosa,
Causa de su hondo terror,
Era un papel, que en la puerta
Del templo el viento movió.
El papel así decia:

«Loco y ciego pecador,
Aún es tiempo de salvarte
Si escuchas de Dios la voz.»
Era un papel, pero Lara
Vió en él la mano de Dios,
Y de Dios la mano era
La mano que lo llamó.

TERCERA PARTE.

15

LA MANO BLANCA.

I.

En una lluviosa tarde
Del tormentoso Febrero,
Por la puerta de Carmona
Miró el hispalense pueblo
Entrar pobre peregrino
Cansado, abatido, enfermo.
Calva tiene la cabeza,
Hundidos los ojos negros,
Descoloridos los labios;
La piel pegada á los huesos.
Lástima da á las mujeres,
Espanto á los pequeñuelos,
Admiracion á los mozos
Y á los ancianos respeto.
Es su semblante tan triste,

Tan venerable su aspecto,
Que á su vista sienten todos
Varios distintos afectos.
Dan pena sus amarguras,
Y al par sus padecimientos
Envidia á los que meditan
Que es sufrir ganar el Cielo.
Todos á verle se paran;
Pero, cuando yá va léjos,
Hay alguno que murmura:
«No es posible que haya vuelto
En un santo convertido
Quien diablo se fué al infierno.»
Pero el pobre penitente,
Sordo para el mundo y ciego,
Ni observa que le reparan,
Ni escucha mundanos ecos....
¡Que las cosas de la tierra
Para él por siempre murieron!

Pasó por ante un palacio
Cerrado, mudo, desierto,
Y á ver su blason altivo.
Paróse un breve momento.
Sus negros y hundidos ojos
Dos lágrimas desprendieron,

Su boca lanzó un suspiro,
Ahogó un gemido su pecho.
«¡Dios mio!» dijo angustiado
«¡Dadme fuerzas, dadme aliento!»
Y siguió con paso débil
Su camino, repitiendo:
«¡Máteme la penitencia,
Mas ¡ay! no el remordimiento!»
Yá las sombras se extendian,
Cuando se encontró en el yermo
En que San Juan de la Palma
Y el sombrío monasterio
De la Concepcion elevan
Sus campanarios al cielo;
Al ver aquel sitio horrible
Sus piernas desfallecieron,
Sintió oprimírsele el alma,
Nublársele el pensamiento;
Mas, á Dios rogando siempre,
Llegó á las puertas del templo,
Donde, años atras, un Lara
Mató á un desdichado viejo,
Y allí cayó de rodillas
Clamando entre llanto acerbo:
—¡Máteme la penitencia,
Mas ¡ay! no el remordimiento!

II.

«¡Oh Dios! ¡misericordia!» repetia
Su labio sin cesar. «No con enojos
Me contemples, Señor; ve mi agonía,
Ve el llanto de mis ojos.
Con él riego este umbral, que, profanado,
Con sangre, por mi mal, se vió manchado.»

Las puertas del sagrado monasterio
El peregrino abiertas contemplaba;
El templo respiraba
Ese encanto indecible, ese misterio
Que tienen las iglesias, donde nido
Tejen los dulces, virginales seres,
Que el corazon no sabe conmovido
Decir si ángeles son ó son mujeres.
Tierno, amoroso cántico se oia,
Robaba el aire místicos aromas,
Se escuchaba dulcísima armonía,
Rumores de quejidos de palomas.
Desde el umbral bendito se miraba
Un Cristo, y de brillantes resplandores

El astro moribundo rodëaba,
Al pasar por los vidrios de colores,
Su frente, que á la angustia se doblaba
Y al peso del martirio y los dolores.

Ave que perdió el nido,
Que árbol no encuentra do parar el vuelo,
Y se ve del milano perseguida,
¡Ah! ¡con cuánto placer verá en su anhelo
Un rincon entre flores escondido
Donde salvar la vida
Y alegres cantos entonar al Cielo!
Así aquel peregrino,
Al ver del templo las sagradas puertas
De par en par abiertas,
Siente un placer divino,
Pues sus benditas naves
Asilo dan á las perdidas aves.

Entró en el templo el triste penitente,
Y ante los piés del Mártir Soberano
Hundió en el polvo la marchita frente
Con la santa humildad del publicano.
Y más lloró que nunca, y más su pena
Creció crüel en su afligido pecho;
Que aquel místico coro que resuena

Le hace saltar el corazon deshecho.
Él robó á Dios su vírgen prometida,
Él arrancó del santo paraiso
Un alma de inocencia revestida
Y hundióla en el infierno de improviso,
Manchada, pecadora, envilecida.
Él profanó su seno,
Y la infeliz, á quien amor abona,
En sus entrañas ¡ay! de la serpiente
Hervir sintió la gota de veneno.
Y la vírgen, que un dia
De rosas y azahares coronada
Ante un altar á Cristo se ofrecia,
Era por él la meretriz hollada,
Oprobio de hedionda mancebía.
El cántico de paz y de ventura,
De amor y de delicias virginales,
De mística dulzura,
Efluvio de esperanzas celestiales;
Aquel cántico vago, rumoroso,
Que resuena detras de la cortina
Del coro misterioso,
Plegaria dulce, aspiracion divina
Del alma de la esposa hácia el Esposo,
Él escucha temblando,
Y con igual pavor que en el postrero

Dia del mundo el maldecido bando
Oirá la trompa del Arcángel fiero.
¡Ay! Opuesto á aquel cántico divino,
Él escucha blasfemias y cantares
Brotar de labios que enrojece el vino,
Maldecir y llorar sin esperanza,
Contar con carcajadas los pesares,
Poner un precio á lo que el vicio alcanza....
¡Ah! meretrices son. Son almas muertas,
Almas sin luz, sin paz y sin consuelo.
¡Ay del malvado que cerró las puertas,
Para esas almas, del eden del Cielo!
¡Ay de él si ha encadenado
Un corazon, al Cielo prometido,
Al potro del pecado!
¡Más le valiera ¡oh Dios! no haber nacido!
«¡Señor! ¡Señor!» exclama el penitente
Por el remordimiento enloquecido,
Golpeando el duro mármol con su frente
Y vertiendo un torrente
De amarguísimo llanto dolorido.
«Á tu clemencia acudo,
No á tu justicia, ¡oh Dios! De mi quebranto
Apiádate benigno, rompe el nudo
Que formó en mi garganta el triste llanto.
Yo, mi Dios, te ofendí, ve cuál te adoro;

Yo de Tí blasfemé, ve cuál te ruego;
Mucho dudé de Tí, ve cuál te imploro:
Ve cuál tus plantas con mi llanto riego.»

Los cánticos divinos yá callaron,
Los rezos de las monjas concluyeron,
Las lámparas del templo se apagaron,
Los altares de sombras se cubrieron
Y las monjas el coro abandonaron.

III.

Al torno fué el penitente.
Del torno tras la madera
Le dijo una voz severa:
—Sé que aguardais impaciente.
—¿Sois la abadesa?
—Sí.
—Ved
De cumplir mi voluntad.
Dad vuelta al torno y tomad.
—¿Qué es este papel?
—Leed.

«El palacio en que viví
Y con mis vicios manché,
En donde el crímen pensé
Que en mal-hora cometí,
Cedo con cuanto atesora
Al convento cuyo umbral
Manchó de sangre fatal
Mano maldita y traidora.
Y por sola condicion
De la riqueza que os lego
Os pido, os demando, os ruego
Que á Dios rogueis por Giron
Y por su infelice Clara....»
—¡Cielos!—gritó la Abadesa—
¿Esta es vuestra firma?
—¡Esa!
—Luego sois....
—¡Diego de Lara!

IV.

Agobiado por la angustia,
Por la fatiga rendido,

Vertiendo llanto abundoso,
Lanzando amargos suspiros,
Diego Lara penitente,
Nuevo Saulo, á quien el brillo
De luz del Cielo á sus ojos
Quitara escamas del vicio,
Llegó á las puertas sagradas
Del monasterio magnífico
De la Merced, implorando
El favor y los auxilios
De aquellos que sólo viven
Para redimir cautivos.
Su cuerpo, en poder de moros
No gime, no tiene grillos,
Mas espantosas cadenas
Abruman su pecho herido.
Su alma llora un cautiverio
De más terribles martirios
Que el que á cristianos imponen
Los piratas berberiscos.
Su mazmorra es el recuerdo
De los pasados delirios,
El remordimiento el látigo,
Dudas amargas los grillos.
¡Bien hace en ir al convento
De redencion de cautivos!

Conducido á la presencia
Del Prior, varon doctísimo,
Lleno de años y virtudes,
De Dios sacerdote digno,
Postróse á besar sus plantas,
Pero el-fraile compasivo
Tendióle al cuello los brazos,
Y—No llores, ¡hijo mio!—
Exclamó,—porque no hay culpas
Que no las perdone Cristo
Cuando el alma con tal pena
Siente haberlas cometido.
La sangre que empapó el Gólgotha
Jordan fué, que á Luzbel mismo
Regenerara, si él
No la hubiera maldecido.
Tén, pues, en Dios confianza,
Tén esperanza ¡hijo mio!
Y no llores, que tus culpas
Yá perdonadas han sido.
¿Vienes de Roma?
—De Roma.
—De tu vuelta tuve aviso.
La penitencia que el Padre
Santo te impuso ¿has cumplido?
—Sí, padre. Á la Tierra Santa

Fuí descalzo y peregrino,
Con llanto regué el Sepulcro
Del Redentor, y un cilicio
Á mi carne pecadora
Da merecido castigo.
El sucesor de San Pedro
Á mi vuelta á Roma quiso
Bendecir mi frente ¡oh padre!
El Pontífice bendijo
Esta cabeza, volcan
De crímenes y delirios.
Quiso ungir mis manos ¡cielos!
Ungió las manos que el vicio
Hizo suyas, y estas manos
Que flagelaran á Cristo
Y derribaran las aras
Sagradas, y á los ministros
Del altar dieran la muerte,
Hoy, ¡padre! ¿cómo lo digo?
Alzan la sagrada hostia
Del incruento sacrificio.
—«Saulo, ¿por qué me persigues?»
Dios un dia á Saulo dijo,
Y Saulo ferviente apóstol
Fué despues de Jesucristo.
¡Sacerdote! yá tus manos

No son las manos del vicio,
Yá tus ojos no se abren
Á cosas del mundo impío,
Yá tu corazon no es tuyo,
Se abrasa en amor divino.
Tén calma, porque tus culpas
Yá perdonadas han sido.
Saliste de Babilonia,
Mira al cielo, que allí escrito
Está tu arrepentimiento
Con letras de regocijo.
—¡Gracias, padre! Dulce bálsamo
Dan á mi pecho afligido
Vuestras palabras; de nuevo
Á la vida resucito,
Porque el tiempo de la culpa
Es de muerte, padre mio.
Decidme, decidme ahora
Qué debo hacer. Yo os suplico
Que alumbreis mi entendimiento,
Que me enseñeis el camino
De la virtud, porque solo
Me considero perdido.
—Vestirás el santo hábito
De redentor de cautivos
Y harás por redimir almas....

—¡Una sola! y tanto ansío
Su redencion, que la mia
Pusiera por precio.
—¡Hijo,
Tu alma nó, que yá no es tuya,
La entregaste á Jesucristo!

V.

Rindió el sueño al cansado penitente
Ternísima plegaria murmurando,
Y fué su sueño tan tranquilo y blando
Que ¡ay! no quisiera nunca despertar.
En derredor de su mezquino lecho
Mira agruparse imágenes divinas,
Celestiales fantasmas peregrinas
Que vienen sus tristezas á calmar.

Mira en su ensueño alzarse el panorama,
Entre soles de luz resplandeciente,
De aquella Santa Tierra del Oriente,
Que él, peregrino, contempló lucir.
Y el Gólgotha de nuevo ve afligido,

Y el sepulcro de Dios de nuevo mira,
Junto á la orilla del Jordan suspira,
Con sus aguas su frente vuelve á ungir.

Y ve una vírgen de cerrados ojos,
Que un cáliz tiene en la bendita mano,
Y oye su acento tierno y sobrehumano
Decir: «Mis ojos ven lo que no ven.»
Otra vírgen contempla junto á ella,
En cuyos ojos brilla eterna aurora,
Apoyada en el ancla salvadora
Y en sus manos las llaves del Eden.

Áun más bella si cabe ve otra vírgen
Junto á las dos de sin igual encanto,
Flores sus ojos son, perlas su llanto
Que aumenta más de su mirar la luz.
Y su boca suspira y su suspiro
Una brisa parece perfumada;
Y palpita de amor, y enamorada,
Ardiente besa la sagrada Cruz.

Y cree, y espera y ama; á sus oidos
Murmuran como en himno melodioso;
Aquel canto divino y armonioso
Abre del penitente el corazon.

Á Jesus mira y á su Vírgen Madre
Sobre los tronos de la eterna esfera,
Y una plegaria férvida y sincera
Su alma brota de pura contricion.

Oye una voz, que al báratro estremece,
Que grita: «¡Pecador, estás salvado!
El llanto de tus ojos ha secado
El llanto que me hiciste derramar.
De espinas coronaste mi cabeza,
De mi cruz aumentaste la tortura;
Mas tú por mí sentistes amargura
Y quiero tus dolores consolar.»

«¡Y Dios me ha perdonado!» delirante
Entre su ensueño el penitente exclama.
«En tí mi corazon espera y ama,
Tú eres el alma de mi fe, Señor.
No iré al abismo digno de mis culpas,
Mas no por eso tu bondad bendigo;
Mi alma tiene temor, mas sé testigo
Que más mi pecho te profesa amor.

»¡Cual Lázaro me alzaste del sepulcro,
En mí hiciste brotar nueva existencia.
Diste ley á mi lóbrega conciencia,

Paz á mi pecho y á mis ojos luz.
¡Pequé, Señor! mas haz que la amargura
Me agobie sin cesar. Morir yo quiero
Abrumado cual Tú por dolor fiero.
¡Dame, Señor, tu Gólgotha y tu Cruz!»

VI.

Gran fama goza una misa
Que se dice en la Merced,
Por el monje celebrante
Que asombro de piedad es.
Beatas y viejas acuden
Al santo templo en tropel,
Y á pellizcos y empujones
Con triunfante intrepidez
Toman los mejores sitios
Para al sacerdote ver.
De éste Sevilla pregona
Que ante el sagrado mantel
Muestra fervor tan profundo,
Tan conmovedora fe,
Que muchas veces en éxtasis

Queda, cual si descender
Al altar viera á los santos
De la celestial Salem.
Por eso Sevilla entera
Va al templo de la Merced
Á oir aquella santa misa
Y á aquel santo fraile ver.
Y aunque hay algunos que dicen
Del levita no sé qué,
Nadie los escucha, nadie.
¡Que cosas son de Luzbel!

Mas un dia, sin embargo,
Puso el demonio la red,
Y de la misa y el fraile,
Que asombro de piedad es,
Mucho se habló, y como siempre
Con bastante insensatez.

VII.

Lleno de fieles el templo
Y los frailes en el coro
Entonando himno sonoro

Que conmueve el corazon;
El altar resplandeciente
Y el sacerdote vertiendo
Lágrimas, al ir sintiendo
De Jesus la cruel pasion.

Todo, todo respiraba
Perfumes de esa alegría,
De esa inefable armonía,
De ese encanto y de esa luz
Que brota de las iglesias
Cuando el pueblo conmovido
Con el sacerdote unido
Se prosterna ante la Cruz.

Allí está el fraile piadoso,
El fervor su rostro inflama,
En su frente arde la llama
Del amor y de la fe....
Su voz sonorosa y grave,
Que bendiciones impetra,
Dentro del alma penetra
Cuando el Evangelio lee.

El fiel concurso lo escucha
Con respeto silencioso,

Y el corazon fervoroso
Quiere por Cristo morir.
Y las madres á sus hijos
Dicen «entregad las vidas
Ántes que ver extinguidas
Las palabras que ahora oís.»

Y la miriada de arcángeles
Al sacrificio asistentes
Sus espadas de oro ardientes
Presentan ante el altar.
Y el sangriento Crucifijo
Mira á Luzbel retorcerse
De dolor, y estremecerse
Á sus piés con loco afan.

«El Señor sea con vosotros,»
Dijo el sacerdote alzando
Los ojos.... pero temblando
Veloz los ojos cerró.
Ahogó un gemido su pecho
Y en el altar apoyóse
Y estremecido quedóse....
¡Todo el concurso lo vió!

—¡Jesus!—exclamó una vieja—

Al padre le da un desmayo....
Y otra:—Parece que un rayo
Ha caido ante sus piés....
—Ha visto un mónstruo sin duda
Entre el concurso ocultado.—
Y contestóla un soldado:
—Sin duda miró á usarcé.—

«El Señor sea con vosotros,»
Volvió á decir nuevamente
El fraile, y tembló y su frente
Cubrió palidez mortal....
Y miró un *algo* espantoso
Que en medio el concurso habia....
Algo que á su alma sorbia
Como á los rios el mar.

. . . .
. . . .

Sonó la esquila, los fieles
Devotos se prosternaron,
Los santos himnos callaron,
Todo en silencio quedó.
Y entre las manos del fraile
La hostia de Dios se elevaba....
¡El Cuerpo de Dios temblaba!

Todo el concurso lo vió.

«El Señor sea con vosotros,»
Volvió á decir, con ahogada
Voz y fija la mirada
Siempre en un punto fatal....
¿Qué habia allí? Un altar de oro....
Con un místico retablo....
Fuera imposible que el diablo
Nido hiciera en sitio tal.

Mas el fraile desfallece,
Ya de consumir es hora,
Pero duda y tiembla y llora....
Y siente espanto cruel....
Y al beber el santo cáliz,
En su boca, amarga y seca,
De Jesucristo se trueca
La sangre en acerba hiel....

«El Señor sea con vosotros,»
Por última vez murmura,
Y todo el pueblo asegura
Que más que nunca tembló.
Dijo los últimos rezos,
Y el concurso miró atónito

Que apoyado en el acólito
El altar abandonó....

Que bajó del presbiterio
Ciego, yerto, vacilante,
Y que al pasar por delante
De un altar, su palidez
Creció tanto, y fué su angustia
Tan grande, que dió un gemido,
Y á no haberlo sostenido
Viniera al suelo á caer....

Beatas, viejas, niños, frailes,
Á una todos, y á porfía,
Fueron á la sacristía
Para el motivo indagar
De aquel no visto suceso;
Mas el fraile adusto y grave
«¡El Cielo sólo lo sabe!»
Supo á todos contestar.

Mohinos unos y otros tristes,
Todos el templo dejaron....
Y mil consejas fraguaron
É historias contaron mil;
Y hubo quien dijo que habia

En la Merced un retablo
Donde oculto estaba el diablo
¡Sabe Dios para qué fin!

Sólo una mujer de hinojos
Permanecia postrada,
Como estatua inanimada
De aquel altar conclusion.
No desplegaba sus labios,
Sus ojos no se movian,
Parece que ni áun latian
Las fibras del corazon....

Cuando nadie hubo en la iglesia,
Aquella mujer alzóse,
Su semblante trasformóse
¡Jóven y bella era á fe!
Mas ¡ay! no sé qué amargura,
Qué indefinible tristeza,
Qué dolor en su belleza,
Ya marchita, el alma ve.

VIII.

Cruzó el templo solitario,
Alzó á Cristo su mirada,
Y dijo con voz ahogada:
«¡Aún mayor es mi calvario!»
Penetró en la sacristía;
Con la mirada abarcó
El santo lugar, y vió
Lo que dudó que veia.
Bajo un Cristo colosal,
Y más que el Cristo afligido,
Y más que él descolorido,
Con palidez más mortal;
La mustia frente apoyada
En las manos, mudo, inerte,
Como un fantasma de muerte,
Como una sombra animada,
Vió sentado en un sillon
Al fraile que en el altar
Todo el pueblo vió temblar
Al darle paz y perdon.

Y miró al Cristo y á él,
Y los vió tan semejantes,
Que creyó que el fraile ántes
Estuvo en la Cruz crüel.

. . . .

Clavando mirada aguda
De aquel fraile en el tormento,
La mujer quedó un momento
Inmóvil, absorta, muda.
Á veces en su mirada
La tierna compasion brilla,
Arde á veces su megilla
De odio y furor abrasada.
Su traje, al rozar el suelo,
Leve ruido levantó,
La cabeza el monje alzó,
Y, con grito de hondo anhelo,
—¡Clara!—exclamó. Quiso alzarse
Del sitial, correr á ella,
Y ante su mundana huella
Humildemente postrarse;
Mas sus piernas flaquearon,
Cayó en el sitial rendido;
Su boca exhaló un gemido
Y sus ojos se cerraron.
—¡Clara!—murmuró,—ya Dios

Escuchó la oracion mia,
Pues su mano á tí me envia
Para dar vida á los dos.
—Vine á verte—dijo Clara—
Porque algunos me dijeron
Que un santo del Cielo vieron
En el maldecido Lara.
Y yo quise cônvencerme,
Y con mis ojos mirarte,
Y en tu virtud admirarte,
Y en mi maldad comprenderme.
¡Ah! ¡Yo, que en delirante orgía
Vivo en sucio lupanar,
Yo te he visto en un altar
Alzando á Dios la hostia pia!
¡Muy santo debes de ser!
—¡Ah, yo santo!
—No lo niego,
Que Dios se digna á tu ruego
Á tus manos descender.
Yo celebro tu mudanza,
Y á eso sólo vengo aquí.
¡Adios!
—Aguarda ¡ay de mí!
Que me robas la esperanza.
—¿Qué tienes tú que esperar

De una infame crïatura?
—¡Mi ventura!
—¡Tu ventura
Es ese Dios y ese altar!
—Pues porque Dios es mi amor
Mi ventura de tí espero.
Contempla ese cruel madero,
Esa angustia, ese dolor,
Y dí, si no he de esperar
Yo mi ventura de tí,
Si á tí su sangre por mí
Inútil fué derramar.
¡Ay, Clara! Feliz si al verte
Pudiera regenerarte,
Y del Infierno sacarte
Y al Cielo y á Dios volverte.
Ayer de tu corazon
Brotaba vírgen incienso,
Y del mio el humo denso
De la infamia y del baldon:
Ayer tu labio rezaba;
Hoy tu corazon maldice:
Hoy mi alma á Dios bendice
Y ayer de Dios blasfemaba.
¡Ay! ayer réprobo era,
Hoy contrito penitente;

Tú ayer vírgen inocente,
Hoy execrada ramera.
  Y miéntras yo al Cielo voy,
Pisa el Infierno tu planta.
¡Ay, Clara! por tí me espanta
Lo que va de ayer á hoy.
  Esa horrible mutacion
De tu alma ¡oh pena impía!
Nó, nó es tuya, es sólo mia.
¿Pero de quién el perdon?
  ¡Si te perdieras por mí!
¡Si tú me vieras salvar!
Tú, á quien yo junto al altar
Robé á Dios y al mal vendí.
  Esta idea es mi tortura,
Es mi horrible, eterna sombra,
Es la voz cruel que me nombra
Sin cesar tu desventura;
  Es mi eterno torcedor,
Es mi fantasma implacable,
Es mi angustia inexplicable,
Es mi infinito dolor;
  Es el espectro cruel
Que espinas siembra en mi lecho,
Y hunde un puñal en mi pecho
Y amasa mi pan con hiel;

El que turba mi plegaria,
El que sombras reconcentra
En el tibio sol que entra
En mi celda solitaria.
Veme, ¡Clara! Clara mia,
Veme postrado de hinojos
Á tus piés, mira en mis ojos
Lágrimas de mi agonía.
Apiádete mi pasion,
Apiádete mi quebranto,
Mira el triste, acerbo llanto
Cuál sale del corazon.
No mires al asesino
Que á tu padre dió la muerte,
Ni al traidor que á cruda suerte
Encadenó tu destino.
En mí no escuches á Diego,
En mí no escuches al hombre;
Sólo escucha á quien en nombre
De Cristo te eleva el ruego.
Dios alumbra la conciencia,
Y su sangre redentora
Lava el alma pecadora
Que se acoge á su clemencia.
Yo fuí criminal. Ya ves,
Por Dios estoy perdonado.

—Entónces, dí, fraile odiado,
¿Qué demandas á mis piés?
—Tu salvacion.
—¿Y salvarme
Tú pretendes? ¿Tú, maldito,
Por quien conocí el delito,
Por quien voy á condenarme?
Tú, imágen de Belcebú,
De quien veneno bebí,
De quien el vicio aprendí,
¿Tú quieres salvarme? ¿tú?
¡Déjame! ¡Apártate digo!
—¡Mi vista te desespera!
—¡Ir al Infierno quisiera
Por no ir al Cielo contigo!
—Si yo tu alma envenené,
Si yo en el vicio te hundí,
Si no te salvo ¡ay de mí!
¿Cómo salvarme podré?
—¡Qué me importa!
—Pero ¿y Dios?
—No pierdo por tí la calma.
¡Miserable! alma por alma,
Aunque se pierdan las dos.
—¡Ay, Clara! la horrible lucha
Que sostengo no comprendes,

Que no es á mí á quien ofendes,
Sino á Cristo, que te escucha.
Pues queriéndote vengar
De mundanales agravios,
De Dios blasfeman tus labios
Bajo su Cruz y en su altar.
¡La sangre de tu Pasion,
¡Oh Cristo! su ánima lave!
—Su sangre.... dí, ¿no te sabe
Á la sangre de Giron?
—¡Ay!
— Cuando estás en el ara
Y ves á Cristo espirando,
¿No piensas que estás mirando
Morir á mi padre, Lara?
¿No ves en su angustia triste
La agonía de aquel viejo?
¿No es esa Cruz un reflejo
De la Cruz que tú le diste?
—Si yo á tu padre maté
Áun más que tú lo he llorado;
Si yo te hundí en el pecado
Áun más que tú lo lloré.
Seis años de penitencia
Y de hondo arrepentimiento
Pueden borrar un momento

De ceguedad, de demencia.
—¡Borrarlo! Pues miramé.
¿La vista apartas? ¡y lloras!
¿Esas lágrimas traidoras
Qué dicen? ¡Contestamé!
Callas, ¡ah! ¿Pueden borrar
Seis años, un siglo, ciento
Todo el mal que en un momento
El hombre puede sembrar?
Si el llorar tú arrepentido
Logra borrar lo pasado....
¿Dónde está mi padre amado?
¿Dónde está mi honor perdido?
La culpa es nube traidora
Que dentro el seno alimenta
El rayo, que en la tormenta
Arrasa, mata, devora.
La nube despareció,
Se borró en el ancho cielo;
Mas dime, ¿se borró el duelo
Del hogar que el rayo hundió...?
—¡Ah, perdon, Clara!
—Jamas.
Mas sí, ¡si te he perdonado!
Si te olvidé: si he olvidado
Cuanto yo adoraba más.

He olvidado á Dios, á tí,
Á mi padre, á mi linaje....
¡Si he olvidado hasta el ultraje
Que yo en un meson sufrí!
¡Si hasta ha olvidado mi mente
Que mi profanado seno
Amamantó con veneno
Á un ángel puro, inocente!
¡Si hasta olvidé que murió,
Y lo que sufrí olvidé,
Y lo mucho que lo amé,
Y lo mucho que me amó!
—¡Clara...!
—¡Ay, memorias mias
De una acerba y cruel historia!
¿Por qué traes á mi memoria
Recuerdos de aquellos dias...?
Me oirás.... En vano sofoca
Tu falsa piedad mis labios;
Ante tu Dios, mis agravios
Todos te dirá mi boca.
Dije que olvidé.... mentí.
Hay *algo* que no se olvida....
Y si hay Dios, si hay otra vida,
Se recordará áun allí....
—¡Clara...!

—Una horrible prision
Llena de noche y de frio,
Y un carcelero sombrío,
Inmóvil en un rincon,
Contemplando á una mujer,
Que contra el seno apretaba
Á un niño, que sollozaba
Tal vez su historia al leer.
—¡Perdon, perdon!
—No tenía
Cuna el niño en que dormir;
¡La madre ¡horrible sufrir!
Reir al carcelero via...!
—«Si sois hombre—ella exclamó—
Dad un lecho al hijo mio,
Que se va á morir de frio
Y quizás no muera yo.
—Compradlo—dijo el malvado.
—¿Cómo?—Con vuestro cariño.—
¡Y el tierno cuerpo del niño
Se estremeció avergonzado!»
. . . .
. . . .
El carcelero reia,
El ángel de Dios lloraba,
Y la mujer blasfemaba

Al ver que la luna impía,
Que hasta entónces no alumbró
Aquel sitio, de horror lleno,
Un rayo de luz sereno
Dentro la prision lanzó.
—¡Compasion!
—¿Puedo olvidar
Este sentido tormento?
Dime, fraile, aquel momento
¿Con qué lo podré borrar?
—¡Perdon!
—Nó. Tu corazon
No mi perdon necesita.
Á una ramera maldita
No un fraile pide perdon.
Tus años de penitencia
Y de hondo arrepentimiento
Han borrado ya el momento
De tu pasada demencia.
Y si tu hijo nació
Con bien escasa fortuna,
Y un carcelero su cuna
Con negro crímen compró,
Y tu amada, en lupanar
Tiene por tí que vivir,
Y tiene que sonrëir

Cuando le ahoga el llorar....
¿Qué te importa?. Tu conciencia
Te dice «Ya estoy salvado,
Pues se borró mi pecado
Con mi fácil penitencia.»
—¡Ay, me asesinas...!
—¡Yo no!
—Calma mi dolor prolijo.
¡Clara ¡ay! por nuestro hijo!...
—¡Infame! por tí murió.
—Por él, que ve mi afliccion,
Por él te ruego postrado.
Yo hago mio tu pasado,
Haz mia tu redencion.
Salva el alma; arrepentida,
Confiesa y tus culpas llora....
¡Nuestro hijo te lo implora
Desde el Cielo, en que halló vida!
—¿Confesar mis culpas?
—Sí.
—¿Contigo?
—¡Nó!
—¡Belcebú!
Si era cura como tú,
Yo me acordara de tí.
Y al decirle mi pecado,

Tal vez yo con lengua impía
Al fraile preguntaria
¿No eres más que yo malvado?
—¡Blasfemas de Dios, liviana!
—Nada existe entre los dos.
¡Ni áun Dios, pues no creo en un Dios
Que en tus manos se profana!

. . . .

Y Clara el rostro volvió,
Echó á andar, escuchó un grito
Inexplicable, inaudito,
Y de la iglesia salió.
Un hora despues un lego
Al padre Guardian decia
Que estaba en la sacristía
Exánime el padre Diego.

IX.

¡Monge! amaste quizá, sentiste el fuego
En tu boca de un labio enamorado;
Sobre el seno nevado
De una mujer, de tu capricho esclava,

Oiste á la tentacion el dulce ruego,
Y aspiraste el perfume que exhalaba
Su tálamo de flores,
Trono, alcázar y altar de tus amores.
¿Y tú rompiste el amoroso nudo?
¿Y en vez de recrearte en el desnudo
Seno de nieve y purpurina rosa
De tu amante, rendida y hechicera,
Buscaste lecho en celda tenebrosa,
Y en mitad de la noche silenciosa
Diste al claustro sombrío,
Cual nota lastimera,
El eco pavoroso, triste, frio,
De un beso en amarilla calavera?
¡Humilde fraile! te brindó la suerte
Cuanto brinda al mostrarse generosa;
Cuna de oro, espléndida riqueza,
Prosapia valerosa.
¿Y tu nombre arrojaste en el olvido,
Y de burdo sayal te ves vestido,
Y es tanta tu pobreza,
Que el negro pan que comes lo bendices
Y por quien te lo dió plegarias dices
Cifrando en tu miseria tu grandeza?

¡Fraile! si tú rompiste la cadena

De flores que al amor te sujetaba,
Por comprender que la beldad terrena
Es de la muerte esclava,
Y que la bella dama seductora
Que sobre el lecho del placer yacia,
Brindándote el encanto de su seno,
Al besarla la muerte, horror sería,
Podredumbre, gusanos, polvo, cieno:
¡Fraile! si sabes que el orgullo humano
Es humo y sombra y viento;
Si sabes que el alcázar soberano
Tiene frágil cimiento,
Y anhelaste el amor que nunca acaba,
Grandeza á la que el tiempo no derrumba,
Vida que no es esclava
De las eternas sombras de la tumba;
Te saludan mis labios
Entre el mundano ruido:
¡Vosotros sois los sabios;
Los pocos sabios que en el mundo han sido!

Pero si ese dolor, si ese suplicio,
Si esa vida de llanto y penitencia
Nacen del alma, están en la conciencia;
Si amor son, no mundano sacrificio;
Si pobres sois porque Jesus fué pobre;

Si castos sois porque Jesus fué casto;
Si buscais una cruz, porque mirásteis
Su santa Cruz de amor y deseásteis
Juntos morir con Él, por darle prueba
De generoso amor, que el alma eleva,
Amor no terrenal, amor sublime
Que lava el corazon y lo redime;
Entónces, no sois sabios: mis plegarias
Elevo á vuestras celdas solitarias,
Y os miro con envidia, desde el suelo,
Ascender como mártires al Cielo.

Mas ¡ah! ¿si la oracion es alegría,
Si es vuestra ardiente fe, fe salvadora,
Por qué en vuestro redor, todo en sombría
Niebla, parece que suspira y llora?
¿Por qué vuestro ascetismo
Amortajaba el sol en negro velo,
Y en vez de alzar los ojos hácia el Cielo
Sepultábais la vista en el abismo,
Terror buscando, por pedir consuelo?

Por eso retrató la arquitectura
En el triste convento
Todo el terror, el frio y la amargura
Que llenaban del fraile el pensamiento.

No fué el artista quien trazó los planos
De los claustros medrosos;
Fueron del fraile las heladas manos
Las que dieron contornos pavorosos
Á esas desiertas, largas galerías,
Altas, estrechas, lóbregas y frias.
Arquitectura exótica,
Terrible, geroglífica, simbólica,
De ojivas treboladas,
De columnas marmóreas enlazadas
Cual bosque de palmeras,
De rosetones llenos de quimeras.
Deforme arquitectura
Donde el mónstruo se mira repetido
Cual sola inspiracion del pensamiento,
Do huye la realidad, do está esculpido
En cada piedra un trasgo ó un tormento.
Allí el panzudo sapo, que la frente
Esconde entre una cola de serpiente;
Allí el grifo, que sale de la roca
Y abre al espacio la sanguínea boca;
El esqueleto hórrido de piedra,
Coronado de yedra;
El alado dragon, el gnomo, el buho;
Y entre endriagos, quimeras y esqueletos,
¡Mártires! ¡santos! que cualquier creeria

Eran diablos, mirándolos sujetos
Á tan absurda, horrible compañía.

Pero más que ese claustro·pavoroso
El templo por la noche se aparece.
Su negra mole resaltar parece
Como espectro medroso
Sobre el azul del cielo silencioso.
Cuando el ardiente sol con sus fulgores
Traspasa los cristales de colores;
Cuando el incienso forma leves nubes
Do parece que vuelan los querubes,
Y el órgano con dulces melodías
Acompaña las santas salmodías,
Y en los altares de oro
Los santos y las vírgenes imploran
Á Cristo, alzando suplicante coro;
Es el templo antesala de los Cielos,
Nido del alma, hogar santificado,
Que brinda al pecador dulces consuelos
Y el perdon por el alma deseado.

Pero en la noche el templo causa frio,
Por lo oscuro, lo grande y lo vacío.
La luna no penetra por la ojiva:
El mundanal rüido

Los silenciosos muros no traspasa.
Silencio y sombra es todo. Suspendida
De la alta cimbria, lámpara dorada
Con moribunda luz se ve encendida,
Y cuya claridad áun más parece
Que la tiniebla acrece.
Á veces en el pábilo chirrea
La llama; otras un ave
Que, en fantásticos círculos girando,
En rededor la lumbre bate grave
Sus pardas alas, á la llama airea,
Su débil resplandor casi apagando;
Y la movible, caprichosa sombra
Que proyectan sus alas nos asombra.
En pilares y cúpulas enhiestas,
En muros y en retablos,
Trazan aquellas alas mil grotescas
Figuras de fantasmas y diablos,
Que se alargan, se agitan, desparecen,
Saltan de nuevo, se deprimen, crecen.

Todo es sombra y terror. En aquél piélago
De oscuridad, á veces un gemido
Se levanta, al silencio dando espanto.
¿Quién se lamenta? ¿Acaso eco fingido
Fué aquel eco de pena? ¿Es el chirrido

De la luz que se apaga? ¿Es del murciélago
El horrible chillar? ¿Ó de algun santo
El grito lastimero?
¿Ó una voz de dolor y de amargura
Que llora de un madero
La espantosa tortura?

¡Ah! Mirad.... débilmente iluminada
Por moribunda luz osciladora,
Debajo de ella, y sobre el mármol frio,
Una sombra aparece prosternada.
Es un fraile. Su rezo solitario,
Su amargo llanto impío
Produce el eco de infinita pena
Que en los ámbitos suena
Del templo triste, lóbrego y vacío.

¿Por qué llora?—No sé; pero los ojos
Del Cristo ante quien gime prosternado
En él se fijan con piedad amante,
Y más abre por él de su costado
La herida, porque más corra abundante
La sangre que le lave del pecado.

X.

En una modesta celda,
Al primer rayo del sol
De una mañana de Abril,
El Padre Guardian entró,
Y así dijo á un triste fraile,
Á quien bañaba el sudor
De fiebre que, al par que el cuerpo,
Le roia el corazon:
—Hermano, recobrad fuerzas
Para escucharme mejor,
Que de funestas noticias
Triste mensajero soy.
—Hablad, Padre, mi alma tiene
Para escucharos valor.
¿Qué pasa?
—Que sobre el pueblo
De Sevilla ha puesto Dios
Su fuerte mano, y que sufre
El látigo aterrador
De la peste, que en sepulcro
Convierte la poblacion.

—¡La peste, la muerte! Padre,
¿Qué decís?—
Saltó veloz
Del lecho y abrió las puertas
De su rasgado balcon.
La luz de la alegre aurora
Bañaba con su arrebol
Las casas, las altas torres,
Dándoles vida y color;
Los céfiros perfumados
Murmuraban vago són,
Y escalaba la ventana
Con su tapiz de verdor
Una espesa madreselva
Que, entre cortado crespon,
Sus flores de nieve abria
Al dulce beso del sol.
—Mirad, mirad,—dijo el fraile,—
Al astro generador,
Padre de luz y de vida;
Mirad esa tierna flor
Que se columpia, exhalando
Perfumes de suave uncion,
Y decidme: entre los himnos
Del universal amor,
¡Padre! ¿Se puede morir?

—Mira abajo,—murmuró
El Guardian. Dió el fraile un grito;
Por debajo del balcon
Vió pasar una camilla,
Y detras de ella miró,
Lleno de espanto, dos niños,
Que, con inocente voz,
Preguntan por qué su madre
Del sueño no despertó....
—Ya lo ves, hermano mio,
Con ese brillante sol,
En la alegre primavera,
Esa infelice murió,
Dejando huérfano el nido
Que fabricara el amor.
Cada casa es una tumba,
Todo es ya desolacion;
Yo quiero prestarte fuerzas,
Quiero infundirte valor.
—Lo tengo, Padre.
Y el fraile
El hábito se ciñó;
Tomó una cruz y un breviario,
Y dijo al Guardian:—Adios.
—¿Á dónde vais?
—¡Padre mio,

Á morir!

—¡Detente!

—¡Nó!

—¡Te lo mando! ¡Hijo!—

Ya el fraile

No pudo escuchar su voz.

XI.

La hija horrible de la noche,
La compañera del hambre,
La que se viste un sudario
Empapado en hiel y en sangre,
La de envenenado seno,
La de amarillo semblante,
La que respira vapores
Que ponzoña dan al aire,
La que niños moribundos
Ve á sus piés sin apiadarse
Y en un basilisco monta
Que causa muerte mirarle;
La peste, azote terrible,
Segadora de ciudades,
Detiene el paso maldito

De Sevilla en los umbrales,
Y su rostro de Gorgona
Causa terror tan cobarde,
Que Guadalquivir, de miedo,
Tuerce de su curso el cauce
É inunda, huyendo, la vega
Florida del Aljarafe.

En el convento sagrado
De la Asuncion, á una imágen
De Cristo se vió sudaba
Humor de líquida sangre.
Todo Sevilla fué á verla,
Y el pueblo, con voz unánime,
Presagió grandes desdichas,
Mas no cual fueron tan grandes.
Hubo ayunos, rogativas,
Penitencias generales,
Y salieron procesiones
De milagrosas imágenes.
Vistió cilicios el pueblo,
Por separar aquel cáliz
De amargura.... mas ¡ay triste!
Que aquellos votos que hace
No van al Cielo; los tuerce
La Muerte, que está en los aires.

Y el Cielo, cual nunca espléndido,
¡Oh, qué espantoso contraste!
De azul trasparente y puro
Y lleno de luz mostrábase.
Y á la brisa embalsamaban
Esos perfumes fragantes
De las flores, que á los besos
De primavera se abren.
La Muerte viene vestida
No con enlutado traje,
Sino adornada de flores,
Lleno de luz el semblante.

¡La Muerte! ¡Qué despiadada!
¡Qué cruel é inexorable!
Como segador que troncha
La mies, mar de oro del valle,
Y á las flores no respeta
Que entre las aristas nacen,
Así la Parca confunde,
En gavilla repugnante,
Con su espantosa guadaña
Condicion, sexos y edades.

Tal vez por eso en el templo
De la Asuncion una imágen

De Jesucristo sudaba
Humor de líquida sangre.

Lleno de angustia, transido
De dolor, un pobre fraile,
Movido por amor santo,
Plazas atraviesa y calles.
No descansa ni un momento,
Se le ve en los hospitales,
En las mansiones humildes,
En los soberbios alcázares,
En la impura mancebía,
En los sagrados umbrales,
Al lado del moribundo,
Siempre al cielo señalándole.
¡Es Diego Lara! ¡Miradlo!
Anda, pero vacilante;
Abre los ojos, mas quieren
Eternamente cerrarse.
Su alma ardiente y generosa
Le da fuerzas: no le abaten
Ni los dolores del cuerpo
Ni las angustias morales.
Entre tan grandes desdichas,
Llora al ver por todas partes
Muerte, espanto, angustia, luto,

Orfandad, miseria, hambre.
Aquí una pobre doncella
Que llora sobre su amante,
Con sus ya inútiles lágrimas
Queriendo vida prestarle;
Allí, tendido en el lodo,
Un anciano venerable;
Mas allá un niño que llora
Sobre el pecho de su madre,
Mamando por leche el cieno
De los poros de un cadáver.
Ve las puertas de las casas
Cerradas, y en sus umbrales,
En confusion espantosa,
En consorcio repugnante,
Rígidos cuerpos helados,
Montones de infectos trajes,
Lechos áun tibios, que dulces
Nidos fueron deleitables
De amores ¡ay! que en los brazos
De la muerte atroz ahogáronse.
Ve de carros y camillas
Hileras interminables....
Van pasando ante sus ojos
¡Para el eterno viaje!
¡Cada plaza es un osario,

Un féretro cada calle,
Una tumba cada casa,
Un cementerio espantable
La ciudad, que el *Dies iræ*
Repite por todas partes!
Aullan los perros, mil bandos
De buitres pueblan los aires,
Y otros buitres más feroces
De entre las tinieblas nacen.
Hombres son: ¿hombres? ¡mentira!
Negras larvas infernales;
Mónstruos que en toda desgracia
Pública del lodo salen,
Para hacer mayor la angustia,
Para aumentar el desastre.
Ellos al muerto despojan,
Comen sobre los cadáveres,
Hacen festin en las tumbas,
Blasfemias son sus cantares.

Lara, sin pensar, sin verlo,
Se halló frente á los umbrales
Del monasterio que un dia
Tiñó sus puertas con sangre.
Confusion aterradora
De harapos y de cadáveres

Allí se miraba. Algunos
Séres, áun agonizantes,
Sacaban de entre los muertos
Los flacos brazos al aire,
Como si apartar quisieran
La hoz de la muerte implacable.
Allí gritos se escuchaban,
Plegarias ineficaces,
Despedidas amarguísimas,
Quejas que asordan los aires.
En las angustias postreras,
Muchos de ellos, arrastrándose
Por el suelo ¡horrible lucha!
¡Ay! por llegar afanábanse
Al templo, con la esperanza
Que allí la muerte no entrase;
Mas no llegaban al templo,
Morian en los umbrales:
Sobre ellos caian otros,
Y la espantosa pirámide
Otros escalaban, é iban
En la tumba á despeñarse.
Junto aquel monte de muerte
Habia un carro: en los varales,
Indiferente, tranquilo,
Sonriente, alegre casi,

El carretero bebia
Tragos de vino incesantes.
Dos hombres de rostros fieros,
Entre lúbricos cantares,
Epígramas y blasfemias,
Y carcajadas infames,
El fúnebre carromato
Rellenaban de cadáveres.
¡Grande era el carro, mas era
La carga mucho más grande!
¡Para que cupieran muchos
Se hizo sitio apisonándoles!
Allí el anciano caia
Sobre el niño; allí la madre
Descoyuntaba los miembros,
Con su peso, de su infante;
Allí la pura doncella,
Desceñido el casto traje,
Mostraba encantos que, áun muertos,
Parecian admirables.
Del carromato salian
Desfallecidos, colgantes,
Brazos, piernas, trenzas de oro
Que el lodo del suelo barren.
Ya el carro estaba relleno,
Relleno de humana carne;

Los hombres de fieros rostros,
Escalando los cadáveres,
Al carromato subieron,
Sobre los muertos sentándose....
El carretero brindóles
La bota, crujió en los aires
El látigo, sordamente
Echó á andar el carro, y ¡trance
Horrible! las ruedas fueron
Contra los cráneos chocándose,
Dejando por do pasaban
Regueros de negra sangre.
El carro andaba despacio,
Porque era el peso muy grande.
¡Cómo temblaban los muertos
Ante el horror del viaje!

XII.

Lara, de espanto transido,
«¡Parad el carro!» gritó,
Pues juzga que lo que vió
No es ilusion del sentido.
¡Ilusion! nó, aquella mano

Que del carro ve salir
Y moverse, no fingir
La puede un ensueño vano.
  La ve convulsa, crispada,
Entre los muertos moverse,
Y en el aire retorcerse,
Cada vez más animada.
  Y se mueve con terror,
Con angustia, con espanto;
En ella se ve el quebranto
De un infinito dolor.
  Aquella mano tenía
Ojos, lengua, movimiento,
Alma, vida, sér, aliento....
Pero todo en agonía.
  Era el postrero rincon
De un cuerpo, donde luchaba
Un alma, á quien arrojaba
La muerte del corazon.
  Y era bella, delicada,
Suave, blanca, pura, leve,
Con jazmin y rosa y nieve
Por el amor modelada.
  Lengua y ojos tiene, sí;
Tal al verla se creyera,
Pues, como si los tuviera,

Llamaba á Lara hácia sí.
El fraile al carro avanzó.
—¡Parad el carro!—Y pararon,
Los tres hombres blasfemaron,
La mano se estremeció.
—¿Qué quereis?—dijo el carrero.
—¡En nombre de Dios os pido
Un muerto!
—Si está vestido
Tomadlo, mas por dinero.—
Nada oyó Lara; anhelante,
Alzó con brazos nervudos
Dos cadáveres desnudos,
Y, de angustia palpitante,
Bajo de ellos descubrió
Una mujer enterrada,
Y ¡era de su Clara amada
La mano que lo llamó!

«¡Clara!» gritó; y cayó al suelo,
Pero se llevó en los brazos
Á su amante. ¡Eran los lazos
Con que los uniera el Cielo!
Dijo el carrero:—¡Salvaje,
Morir por un muerto!
—¿Van

Al carro?
            Deja, irán
En el próximo viaje.—

¡Diego! ¡Clara! Abrid los ojos,
Y al veros así abrazados,
Soñad que fueron soñados
Vuestros pasados enojos.
Que no hay sangre ni hay baldon,
Que no hay fraile ni ramera;
Que ha sido pura, sincera,
Vuestra amorosa pasion.
Soñad que Mayo florido
Con sus flores engalana
Las rejas de la ventana
Que de vuestro amor fué nido;
Que fué mentido el dolor;
Que sueño fué el padecer;
Que es realidad el placer
Con que os brindara el amor;
Que no veis luto ni escoria;
Que el suelo muertos no llenan,
Que los bronces, que no suenan
De miedo, tocan á gloria;
Que la bendicion de Dios
Vuestros corazones funde,

Y que una dicha se infunde
En las almas de los dos;
Que en vuestro tranquilo hogar
Dios derrama la fortuna,
Y que se mece una cuna
Que es de la casa el altar.

Mas ¡ay! despertad, miráos
Sobre un sepulcro dormidos.
¡Vanos deseos mentidos!
¡Locos sueños! disipáos.

Al par despertaron. Clara
Miró á Diego, y, cual si viera
El rostro á la muerte fiera,
De horror se tapó la cara.
—¿Qué me quieres, fraile horrible?—
Exclamó.—¿Tengo que verte
Áun al tiempo de la muerte,
Para hacerla más terrible?
Que estaba muerta creí,
Y en una tumba encerrada,
Y áun soñé estar condenada,
Y es ¡que estabas junto á mí!
¿Eres la sombra fatal
Que siempre ha de acompañarme?

Dí, ¿contigo han de enterrarme?
¡Contigo! ¡mal de mi mal!
¡Ah! si al infierno he de ir
Por justicia del Eterno,
Deja que vaya al infierno,
Pero.... ¡despues de morir!
¡Cuál te atreves, desdichado,
Á venir á este paraje,
Si aquí comenzó mi ultraje
Y comenzó tu pecado!
¡Si aquí fuiste matador,
Si aquí sacrílego fuiste,
Si huérfana aquí me hiciste
Y aquí robaste mi honor!
¡Mira aquella puerta.... aquélla!
Mírala, aunque no te cuadre.
¡Allí mataste á mi padre!
¡Su noble sangre áun la sella!
¡En este horrendo lugar
No me hables, no me mires,
Ni solloces, ni suspires,
Porque puede despertar!
¡Yo vine á morir aquí
Para implorar su perdon.
¡Déjame, por compasion!
¡Lara, apártate de mí!

Que mi padre no me vea
Contigo en este momento.
Que al dar mi postrer aliento
Por él perdonada sea.
¡Déjame que mi perdon
De él reciba en mi agonía!
¡Lara, que tu vista impía
No tuerza mi salvacion!
¡Ah! ¡huye, huye! ¡Padre mio,
Le amo!... ¡Perdon!—
Desplomóse
Su cuerpo en tierra, y quedóse
Inerte, rígido, frio.

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

Lara el cadáver alzó
Y con paso desigual
Llegó del templo al umbral
Y con voz sorda gritó:
—De aquí ¡oh Dios, te la robé!
Sólo un cadáver te entrego.
¡Eres justo! oye mi ruego.
¡Cual la juzgues, juzgame!

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

Con esa horrible atraccion
Que tiene siempre la muerte,
Lara, cada vez más fuerte,
La apretaba al corazon.
Sintió de su boca el hielo,
Vió la muerte de sus ojos,
Vió los queridos despojos
Cubiertos con mortal velo.

Como la muerta pesaba,
El vivo desfallecia
De dolor y de agonía,
Y á la tierra se inclinaba.
Cayó en ella; un golpe seco
Resonó; se oyó un gemido;
Despues, un eco perdido
De la iglesia en lo más hueco.
El sol, que apénas ardia,
Tristemente agonizaba,
Y la noche se acercaba
Silenciosa, oscura, fria.
¡Ay qué noche! ¡Cuánto horror
Os aguarda! ¡Cuánto frio

En el sepulcro sombrío,
Tálamo de vuestro amor!

Dentro del templo se alzaba
Un cántico rumoroso;
Á su arrullo misterioso
Lara la vida exhalaba.
¡Era un canto de perdon!
Diego, en su cruel agonía,
Sus palabras repetia
Con todo su corazon.
—Perdon imploran por tí,
Clara, y por tu padre amado.
Yo ¿no estaré perdonado?
¿No habrá perdon para mí?—

No habló más. Cerró sus ojos;
Pero, al morir, estrechóse
Contra su amada, y quedóse
Abrazado á sus despojos.
Sus labios se estremecieron,
Que á los de Clara encontraron,
Y pareció que se hablaron
Y eterna cita se dieron.

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

Y allá, á lo léjos, se oia
El sordo rodar pausado
De un carromato pesado,
Que hácia aquel sitio venía.

FIN.

NOTA.

Esta leyenda es de pura invencion del Autor; quien, para prestarle mayor color local, ha intercalado en ella el recuerdo tradicional del **Cristo de la Asuncion**, sin que por esto sea su ánimo marcar con él la fecha en que sucede la accion de la misma.

Se halla de venta en la librería de los Sres. Gironés y Orduña, Lineros 2, Sevilla, y en las principales del Reino y Extranjero, al precio de 8 reales ejemplar.